30 cts

FOTOS

MEDILLA EN EL MAR

Año - 1
Nº - 8

Semanario gráfico de reportajes

17 Abril
1937

© Archivos Estatales, cultura.gob.es

VEINTE CENTIMOS DE NUECES.

UN evadido de Guadalajara me cuenta la siguiente anécdota:

--Mire usted, yo me encontraba en Guadalajara desde el día 20 de Diciembre. Habían asesinado los rojos a todas las personas de derechas, y ésto, según la opinión de los jefes comunistas, había dado una gran "tranquilidad" a la población. Ya no quedaba gente a quien matar y naturalmente estábamos muy "tranquilos".

--Claro, claro. Sobre todo una gran tranquilidad de conciencia.

--Pero les duró menos de lo que ellos esperaban, porque en cuanto se supo que las tropas nacionales avanzaban hacia Guadalajara comenzó a cundir el pánico en la ciudad y con él la evacuación forzosa.

--¿Se marchó todo el vecindario?

--Verá usted, se marcharon unos y vinieron otros.

--No entiendo.

--Se marcharon los rojos españoles y vinieron los rojos de las columnas internacionales. Y en cosa de tres días Guadalajara se convirtió en una verdadera Torre de Babel. Era una terrible confusión de idiomas en la que no se entendía nadie. Rusos, franceses, checoeslovacos, ingleses, húngaros, poloneses, alemanes e italianos renegados. Aquello era una confusión como yo nunca conocí.

--Y a todo esto los vecinos de Guadalajara...

--Hechos un verdadero taco, especialmente los comerciantes a los que en cosa de minutos les pedían las mismas cosas en seis o siete idiomas distintos y los hombres andaban de cabeza.

--Y acabarían con todo ¿no?

--Eso iba a decirle. En horas acabaron con lo poco que en alimentos quedaba en Gudalajara y con lo que bien o mal los que antes estábamos nos defendíamos.

--Ya comprendo.

--Tan se acabó todo que yo entonces me dediqué a alimentarme especialmente con naranjas, alcahuezes y nueces. Por cierto, que entonces me ocurrió una cosa muy graciosa que voy a contarle y que le dará idea de la confusión que la mezcla de tantos idiomas distintos había producido.

--Cuénteme.

--En una de las esquinas de la Plaza Mayor de Guadalajara había una pobre vieja con un modesto tenderete en el que vendía naranjas, alcahueses, nueces, piñones y otras pequeñas cosas.

--Y esto era su tratamiento.

--Exacto. Allí decidí surtirme. Me acerqué a la vieja y le pedí: --"veinte céntimos de nueces"--. La vieja, acostumbrada a tanta lengua rara, levantó tranquilamente la cabeza y me respondió: --"Dígamelo más despacio, porque no le entiendo"-- Yo entonces le repetí lentamente: --"veinte cén--timos de nue-ces"--. La vieja puso un gesto de gran sorpresa y me dijo: --"¡Nueces! ¡Ah! ¡Nueces! ¿Pero es usted español? Gracias a Dios, hombre, gracias a Dios que me habla uno en cristiano"--. sirvió las nueces con grandes exclamaciones de alegría. "¡Ya llegó un español! ¡Ya era hora, hombre'... ¡Esos extranjeros... el demonio que los entienda! Cuando es lo que yo digo, señor. Las nueces no se pueden llamar de un modo más claro... NUECES...."

Me hizo gracia la anécdota y me puse a reir. El evadido me añadió:

--Yo creo que también tenía razón la vieja. NUECES. Nombradas así era, en efecto lo más claro y como mejor sabían.

Después iba yo razonando:

¿Cómo pediría un checoeslovaco "veinte céntimos de nueces"? Es que a lo mejor yo pido en Checoeslovaquia "veinte céntimos de nueces" y me sirven un piano de cola.

DIME LO QUE GRITAS Y TE DIRE QUIEN ERES.

Ustedes ya saben que es costumbre entre los rojillos que van cayendo en nuestras redes por esos campos de batalla, echar los brazos en alto y gritar desesperadamente en el acto un ¡Viva España! que para ellos debe ser como el salvoconducto de la decencia que puede librarles de todo mal. Bien, pues esta argucia se ha hecho ya tan popular a fuerza de probarse que por el grito se conoce la honradez de las personas; pero voy a relatar a ustedes un pequeño suceso ocurrido hace unos días en Valladolid y que ha hecho fortuna por su simbolismo y contenido.

La otra noche salía el público de un cine vallisoletano y, claro, salía con ese apelotonamiento natural de fin de todo espectáculo tan bien aprovechado siempre para los buenos amigos de lo ajeno.

Entre el público iba un matrimonio refugiado en la ciudad del Pisuerga. Marido y mujer salían comentando apaciblemente los incidentes de la película cuando de pronto ella, que llevaba su bolso portamonedas en una mano, nota un fuerte tirón y que se le va el bolso de entre los dedos.

--¡El bolsillo! ¡Que me quitan el bolsillo!

El marido se vuelve rápido y advierte cómo huye entre la gente un mozalbete. Da una zancada y prende al ratero por el cogote.

¡El bolsillo, granuja!

Se arremolina el público. El ratero levanta en alto los b[illegible] para responder sobre su honradez librarse de las iras populares, grit[illegible]:

--¡Viva España!

--El bolsillo estaba a sus pies.

Un guardia se lo lleva hacia la Comisaría. Le siguen otros rapaces curiosos. Los transeuntes observan el paso del ladronzuelo con la consiguiente curiosidad

--¿Qué ha hecho! ¿Que ha hecho!

El ladronzuelo al que el guardia lleva sujeto por el brazo izquierdo va parándose cada diez metros y levantando la mano derecha repite como un autómata:

¡Viva España! ¡Viva España!

Pero lo gracioso viene ahora.

Entre los muchachos que siguen al detenido figura un flecha, un chaval rubio y bien plantado. El guardia quiere dispersar a la chiquillería que le sigue. Y se dirige al flecha que marcha en silencio, seriamente, muy cerca del detenido.

--Y tú ¿dónde vas? ¿Qué quieres?

El flecha cierra una mano en actitud de golpear y responde imperturbable al guardia:

--¿Yó?... Como grite ¡Arriba España! le doy un capón.

Es que nuestro celoso flecha, todo un hombre, estaba dispuesto a que el ladrón no se vistiera con un vítor que tampoco era suyo.

También los vítores se roban.

EL PRIMER DURO

Cuando entraron nuestras tropas en Navalcarnero y Carabanchel creyendo los pocos vecinos que en él quedaron la criminal leyenda creada por los rojos de que falangistas, Tercio y Regulares devastaban todo cuanto iban encontrando a su paso, aquellos cerraron herméticamente sus casas y establecimientos refugiándose temerosos en el fondo de sus hogares. Pero, claro, unos y otros fueron advirtiendo que en vez de la barbarie anunciada lo que llevaban era el orden, el respeto y la civilización y poco a poco fueron abriendo de nuevo sus casas.

Entre los citados figuraba un estanquero que al abrir de nuevo su despacho se situó detrás de su mostrador.

El primer cliente fué un falangista.

--¿Me da usted un paquete de setenta y cerillas de cinco?

--Si señor.

El estanquero se volvió para coger del estante el paquete y de pronto se volvió rápidamente hacia el mostrador, como asustado. Era que había oido el ruido de un duro echado sobre el mostrador por el falangista.

--¿Esto qué es?

--¡Que va a ser! ¿No lo vé usted? Un duro para que se cobre

--¡Un duro! ¿Para que me cobre?

--¡Claro!

Quedó estupefacto, quiso regalarle un paquete de una veinte que el falangista no aceptó y el estanquero tuvo que declarar que no había visto un duro desde hacía cinco meses.

Y puso un letrero en el que se leía: "No se admiten vales". "¡Arriba España"!

El letrero lo había puesto el propio estanquero poco después que el falangista le había dado el primer duro visto en cinco meses.

Pongamos que aquél cartón pintorrojeado tenía para el modesto expendedor más mérito que un lienzo de Velázquez.

UNA OCURRENCIA GENIAL DE BRUNO ALONSO

Cuentan y no es cuento--que hace pocos días se reunieron en Valencia unos cuantos sujetos marxistas para ver el medio de recoger las radios, pues las noticias del avance de nuestras tropas, causaban estragos en la masa borreguil.

Cada uno de los [illegible]ntes al acto dió su opinión y el animal de Bruno Alonso se creyó en [illegible] de dar la suya y dijo:

--Señores. Yo creo que el único medio de suprimir las radios, es quitar los radiadores.

NOVAL

© Archivos Estatales, cultura.gob.es

Con la Falange que manda el General Moscardó

En el vértice de Copernal

FRENTE de GUADALAJARA

El heroico general Moscardó, conversando con un falangista.

Dos prisioneros de la Brigada Internacional cogidos en el frente de Guadalajara.

EL GENERAL DEL ALCAZAR

NUESTRA máquina fotográfica ha cumplido bien su oficio. El general miraba desde la avanzada las líneas enemigas, y ya le tenemos aquí, bien escoltado en su capotón, gemelos en ristre y al lado de su Estado Mayor.

Acaban de rendirle honores las centurias que guarnecen estas posiciones y él, después, ha hablado con los muchachos, preguntándoles las cosas que le interesan:

—¿Coméis bien?

—¿Estáis abrigados?

—¿Hay vino?

—¿Os hace falta algo?

Y ha subido al borde para mirar.

¡Recia estampa, ésta del general Moscardó! Alto, magro, buen conversador y palabrero. Sus hijos están con nosotros en los frentes y él nos guarda atenciones casi paternales.

A su inmensa popularidad a su valor personal y militar, debemos añadir con el respeto que le guarda España, nuestra gratitud.

Hace unas horas, cierto belga que nos visitaba, nos dijo:

—Si ustedes logran que el general firme unas fotos, haremos gran negocio. Allí, en mi país, las subastaremos y serán sonantes francos para España.

Eso solo refleja la resonancia de su gesta fuera de nuestras viejas y ensangrentadas paredes.

Con el general del Alcázar hemos estado unas horas y a su lado hemos aprendido todo su fervor por el cuidado del soldado. Así resonaban los vítores que él pretendía acallar con emocionados ademanes.

Entre la curtida Falange, le hemos sorprendido. Los muchachos, orgullosos de su campaña, han pasado ante él, para hundirse en las trincheras de avanzada, guarnecer los pueblos cercanos a la línea de fuego, o reposar unos días de su vida del frente. Ha hablado con ellos, como un compañero que tiene además el deber de cuidarles y la gloria de llevarles al triunfo.

La patria se lo agradecerá con la íntima emoción que nosotros lo hacemos.

© Archivos Estatales, cultura.gob.es

Plaza de Cogolludo. Las tropas españolas, dispuestas para el avance.

Guardia civil falangista que contuvo él solo un contraataque disparando su pistola, dando voces de mando y haciendo sonar su silbato, en el frente de Guadalajara.

LOS PRISIONEROS DE LA BRIGADA GARIBALDI

En Almazán estaban. Entre un grupo de doscientos hombres franceses, checos y rumanos, destacamos a estos dos de nacionalidad italiana, uno de ellos, cauto, zumbón, es el tipo de trotamundos que en las tabernas de todos los puertos forman su educación revolucionaria, de esa revolución de rencores que Rusia sabe conducir y estallar.

Deforme la cabeza, rojizos los ojos, el belfo rezumante de alcohol y nicotina, nada nos dijo que sonara a verdad.

¡Ya es vieja la canción del contrato de trabajo!

El otro más joven y pulcro, parece sincero.

—Salí de Turín porque me ofrecían dinero y porque pensé que cobrada la prima podría escaparme. No logré mi objeto. En tren llegamos a Perpiñán y de allí en camiones a Barcelona. Íbamos unos doscientos cincuenta. Al paso por la frontera los gerdarmes nos saludaban con el puño en alto. Nadie nos puso obstáculos, al contrario. Parecía que ante nuestro conductor se abrían todas las puertas...

El glorioso general Moscardó, viendo un avance de nuestras tropas.

Y luego lo que ya todos saben. Unos días de instrucción y al frente.

El "gato de las siete colas" y la ametralladora detrás. Delante la muerte o la liberación en nuestras líneas. Y Almazán, buen pueblo de retaguardia, alegre bajo sus pinares.

—Quiero que diga a todos que deseo combatir bajo la bandera de Franco. Miro al odio y la fuerza; la voluntad otro. Calla.

¡Cuántos como ellos! El y el engaño nos han puesto en tierras de España a estos hombres que se enlodaron en todos los rodales del Mundo.

Son de la Brigada internacional del Gobierno de Valencia y basta.

EL GUARDIA QUE TOCO EL SILBATO A TIEMPO

Al regresar de Jadraque paramos unos momentos en Cogolludo, para dar paso a varios escuadrones. En la gran plaza que forma el viejo y bello palacio de la Casa Ducal de Medinaceli, los soldados con sus cascos de acero y dentro de aquel marco, parecen remontarnos a épocas en las que la guerra era un noble ejercicio de caballeros. Hoy los caballeros luchan con un enemigo que pone en sus trazas mañas de rufián. Ved la cara de ese prisionero al que interroga el general Cabanellas y decidme que podemos esperar de él. Las taras de Lombroso aparecen en sus desvaídos rasgos. Aquí, en Cogolludo, conocemos al guardia civil que se ha hecho famoso en este frente por su severidad y su silbato.

Es un cabo, de aquellos cabos del benemérito Cuerpo que honraron el viejo uniforme de Ahumada. Y nos dice

—El capitán me mandó a llevar unos partes y me perdí ...

—Pero hombre!

—¡Sí señor; me perdí como un idiota y sin darme cuenta me encontré en las trincheras rojas. Como usted sabe están muy cerca de las nuestras. Entonces me agazapé para ver si me orientaba.

—¿No le vieron?

—Esa fué mi desgracia. Me vieron y dudaron unos momentos si era de los suyos o no. Era de noche y me hundí en la gazapera. En aquel momento salieron en plan de ataque. No se cuantos serían, varios, a mí me pareció un ejército como el de Aníbal. Casi insconciente hice varios disparos de pistola y empecé a tocar el pito y dar voces de mando. Creyeron que les atacábamos y se daban con los talones en los fondillos. Suerte y nada más.

—Suerte y otra cosa, amigo.

—Sí, que son cobardes cuando no se creen muy superiores en número.

—Bueno, vamos a parar ahí, si a usted le place.

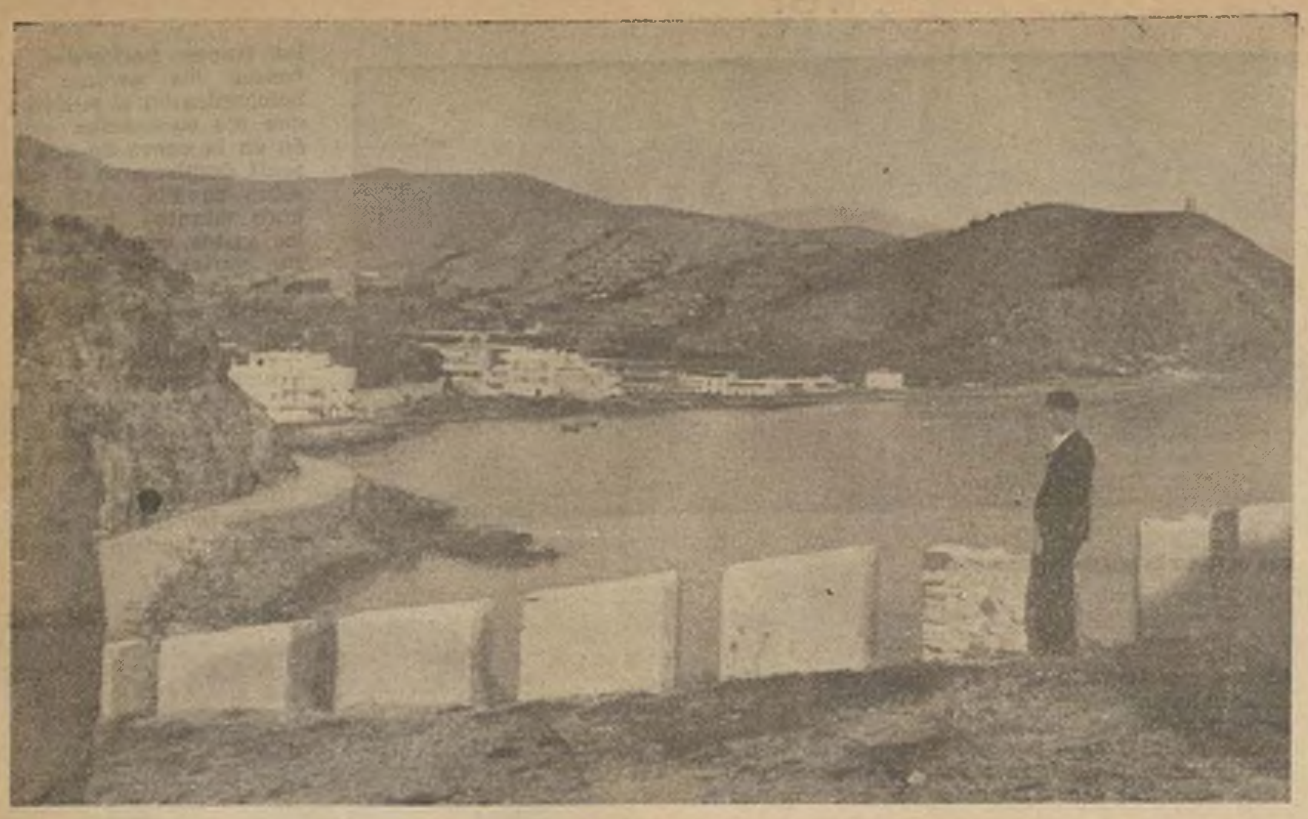
Y muerto de risa se deja retratar con el silbo que le salvó la vida.

De estas cosas, lector, que parecen cuentos de vieja, está llena la campaña. Y ya los iremos sacando a luz. Lo merecen los protagonistas y participarás tu un poco, con ello, de los temas que son comentario en las veladas del campamento.

Juan de GADES

Varios prisioneros rojos, declarando ante el general Cabanellas

© Archivos Estatales, cultura.gob.es



La playa de Almuñecar después de ser conquistada por el Ejército de España.

EL BRIGADA RODRIGUEZ

—A vosotros—le digo, variando el disco—no os molestaría nadie en el pueblo.

—Al principio, no; pero cuando suprimieron la estancia nuestra en Las Colonias para alojarnos en casas particulares, a muchos niños los maltrataban.

—¿Los rojos?

—Sí, señor. Hubo quien por no saber hacer su camita y barrer la habitación, le pegaban todos los días una paliza. A otros los echaron de los alojamientos para que se fueran donde quisieran.

—¿Tú, cómo estuviste?

—Estupendamente. Mi patrón era un carabinero, llamado don José Puertas, que me trataba con mucho cariño. Tanto es, que cuando el brigada Rodríguez y los pescadores me amenazaban, él fué a Guadix y arregló "los papeles" para que no se metieran conmigo.

—¿Por qué te amenazaba el brigada?

—Porque conocía a mi padre y sabía que iba a misa. Siempre les advertía a los demás niños: "No juntarse con ese, que es hi-

El marxismo en Granada

ALMUÑECAR en la etapa roja

HOY no puedo contárselo—contesta Paquito Valenzuela, al pedirle la narración de su odisea en las Colonias Escolares de Almuñécar—pero mañana, a las cinco, puedo venir, que se lo diré todo.

Y "mañana", que es hoy, ha llegado. Paquito cumple su palabra, como un hombre, y mientras se encasqueta en la cabeza el gorro de "balilla", con la misma gallardía que pudiera hacerlo Prín, emienza su relato:

—La "Colonia" donde yo iba, estaba compuesta por setenta y tres niños. Llegamos a Almuñécar el quince de julio, y el diecinueve se presentaron los rojos en el pueblo, interviniendo la Dirección de "Las Colonias" un tal don Enrique, que llegó a los pocos días de esto, enviado por el Gobierno de Valencia.

—¿Y qué hicieron con el director auténtico?

—Nada. Las mujeres querían matarlo y les decían a los milicianos que era un "carca"; pero, a última hora, le dejaron en paz, después de hacerle sufrir con toda clase de amenazas.

—¿Os trataba mejor don Enrique?

—Ni mucho menos. Siempre estaba diciendo groserías y blasfemando. Otras veces nos llamaba para decirnos que no había Dios y que la Doctrina Cristiana era una paparrucha.

LA BODA DE DOÑA MATILDE

—También acompañaba "La Colonia" una maestra.

—No sabía eso.

—¿Ni lo de la boda?

—No.

—La casó don Enrique.

—¿Con quién?

—Con un rojo de Almuñécar.

—¿Pero es que don Enrique tenía facultades para casar?

—Sí. El contaba que allí era el amo y que mientras estuviera en Almuñécar harían lo que le diera la gana.

—¿Tú fuiste a la boda?

—Claro.

—Entonces cuéntame cómo son los casamientos rojos.

—Más fáciles que nada. Don Enrique llevó a los novios a la Casa del Pueblo. Una vez en ella con todos los invitados, les preguntó si eran de izquierdas o de derechas. Tomaron nombres, apellidos y naturaleza de los dos, en una hoja de papel...

—¿Y ya está?

—Luego...—Paquito Valenzuela no termina la frase. Baja la vista y el rubor enciende sus mejillas de once años.

—Luego ¿qué?

—Se dieron un beso.

—¿Delante de todos?

—Delante de todos. Es que los rojos tienen muy poca vergüenza—concluyo, filosóficamente, mi pequeño interviuvado.

Paquito Valenzuela contándole a nuestro colaborador su odisea en las colonias escolares de Almuñecar

© Archivos Estatales, cultura.gob.es

Un torpedo que cayó en la playa de Almuñecar

las tropas nacionales. Entonces los aviones rojos bombardearon el pueblo y yo que me encontraba escondido en la cueva de una casa sentí desplomarse el edificio sobre aquélla. Allí estuve unos minutos hasta que a los gritos que daba acudieron varias personas y me salvaron.

—¿Cómo saludábais los niños?

—Nos obligaban a que dijéramos "salud"; pero yo decía "adiós", y esto les irritaba tanto, que me decían era un fascista. Como usted verá, los rojos son buenos "fisonomistas".

—Ciertamente — afirmo—. Eres un fascista y de cuerpo entero.

José CIRRE JIMENEZ.

jo de un fascista". Y los pescadores, que también oían eso, me decían "que mi padre era un sinvergüenza y un canalla".

Mi interlocutor hace una pausa y prosigue:

—Yo esperaba que doña Matilde se interesara por mí, para que dejaran de insultarme; pero no hizo ni pizca de caso. Si no llega a ser por el carabinero...

—¿Y qué razón había para que esperaras eso? ¿Conocías con anterioridad a la maestra?

Ante la pregunta, Paquito sonríe melancólicamente, adjudicándose un papel de hombre superior; de quien sabe a la perfección la falta de agradecimiento del prójimo, y contesta:

—A doña Matilde le salvé la vida, en unión de otro niño, el año anterior, durante el veraneo de "Las Colonias". Fué en la misma playa de Almuñécar. Ella no sabía apenas nadar y tenía costumbre de alejarse demasiado, "hecha la muerta", sobre la superficie de las aguas. Uno de estos días, la vimos que se ahogaba, y en compañía de un niño más, la sacamos medio muerta.

Desde ese momento venía todos los días conmigo y me miraba muy bien. Sin embargo, este año último me ha pagado negramente lo que yo hice por ella.

La página heroica del salvamento de doña Matilde es cierta. El rostro de Paquito salió durante el verano del 35 fotografiado en diversas revistas.

Y hasta se publicaron reportajes relatando el hecho realizado por Paquito.

El se siente orgulloso de su acción, pero cuando alguien le recuerda lo acaecido, el héroe no lo da importancia.

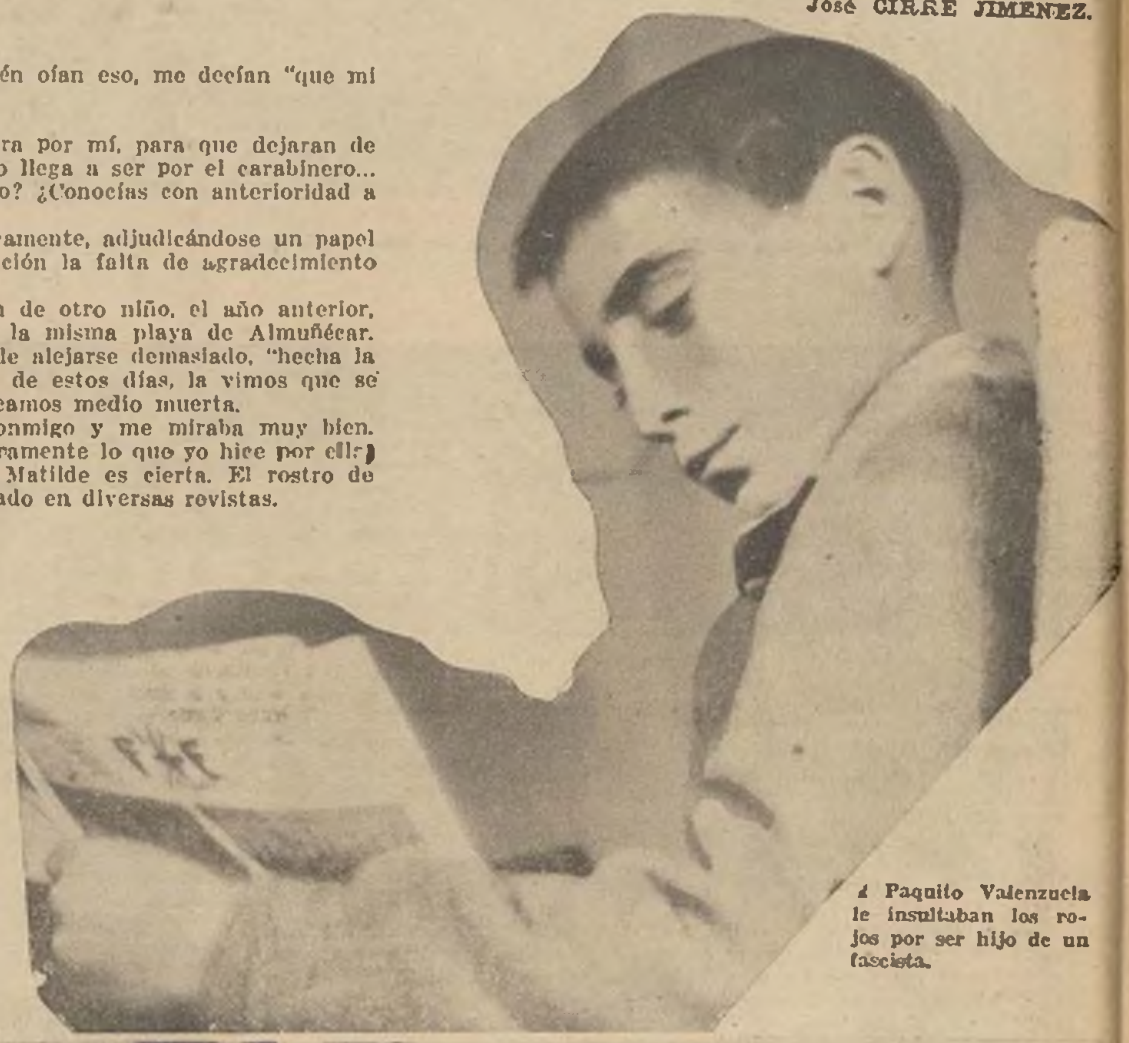
Dice con la mayor naturalidad que otro, en su caso, hubiera hecho lo mismo y que su aspiración suprema es llegar a ser un salvador de su Patria.

Y todo esto lo dice con la mayor sencillez.

DOS MINUTOS DE ANGUSTIA

—¿Cuál ha sido tu peor momento en "Las Colonias"?

—Hubo dos: el primero, cuando los rojos se llevaron en su huída de Almuñécar la mayor parte de los niños y niñas de la expedición. El segundo, al entrar



A Paquito Valenzuela le insultaban los rojos por ser hijo de un fascista.

Un refugio de los rojos y la iglesia del pueblo incendiada y saqueada por las hordas marxistas

© Archivos Estatales, cultura.gob.es

MARTIRES DE LA FALANGE

Jesús Iturrino, asesinado por la canalla ruso-separatista

DOS MUJERES ENLUTADAS

LAS veo pasar a misa todas las mañanas. La madre y la hija. Dos mujeres y un solo dolor grande. Con su luto, se enluta toda la calle cuando pasan ellas. Hay muchos lutos por las calles ahora. Pero a mí me causa un respeto particularísimo el luto de esta madre y esta hija. Esta madre dió tres hijos y esta joven-

victoria! —me dice doña causa de España cuando todavía se luchaba oscuramente, cuando no otorgaban gloria inmediata al caído banderas españolas subriéndole y desfiles marciales.

—¡Ay, si al menos mis hijos hubieran podido gozar un poco de estos días de la victoria! —me dice doña Emilia Almansa de Iturrino.

No hace falta que yo diga a ningún donostiarra quiénes eran los hermanos Iturrino. Fué en ellos en quienes primero pensó el vecindario de San Sebastián al verse liberado. Y fué aquel homenaje que se les dedicó en la persona de su madre y de su hermana, el más unánime y el más lleno de bendiciones que yo haya visto nunca en un pueblo.

¡Los hermanos Iturrino! Jesús, Mario, Augusto! Eran tres mozos fuertes y morenos, que daban todos los días el pregón de España por las calles de San Sebastián en las horas de la cobardía. Ellos solos desafiaban a la jauría marxista que les ladraba desde las esquinas. El título de aquel periodiquillo bravo —"¡No importa!— que repartieron, era también su lema. Les preparaba celadas el rencor impotente desde sus guaridas, les silbaron las balas por la espalda muchas veces. Pero ellos salían de casa cada mañana, bien izada la bandera de sus propósitos, sin fachenda pero sin miedo, generosamente, como si aquella juventud suya, tan acechada no fuera un tesoro.

¡Dos mujeres enlutadas y un solo dolor, grande! Los tres hermanos Iturrino dieron su vida por España, y la madre y la hermana consagran todo su tiempo a estas delicadas labores femeninas de la Falange.

¡Los hermanos Iturrino! ¡Jesús, Mario, Augusto!... El nombre propio acaso no lo conocieran todos. Pero no importa, el nombre que es diferenciación. Los hermanos Iturrino tienen ya una sola personalidad, sobre los luceros.

UN DIA A LA PUERTA DE NEGRESCO

De boca en boca corren por el pueblo las hazañas de valor y españolismo de los tres hermanos, como corrían en la Grecia antigua la de

© Archivos Estatales, cultura.gob.es

los hermanos ITURRINO

Mario Iturrino, el segundo de los hermanos asesinado por las hordas marxistas

sus jóvenes héroes. La única persona que no las conocía en San Sebastián era su madre.

—Yo no supe nunca que mis hijos estaban tan perseguidos —me dice doña Emilia Almansa—. Sabía que eran falangistas entusiastas, que sólo vivían para España y para Falange; pero ahora he podido darme cuenta de que no sabía bien todo lo que ellos eran y singnificaban en cuanto ponían el pie en la calle.

—Se lo ocultarían a usted cuidadosamente para no tenerla preocupada.

—Sin embargo, no podían ocultármelo todo. La primera vez que yo los ví en peligro fué un día en Madrid, a la puerta de Negresco. Pasaba por allí casualmente con mi hija y ví cómo los guardias de Asalto daban una carga contra ellos y contra otros compañeros que estaban repartiendo no sé qué hojas de Falange. Dí un grito de angustia y me agarré fuertemente al brazo de mi hija...

Otro día vinieron los dos mayores con la cabeza abierta: "No te apures, mamá, esto no es nada, me decían, y aquel día estuvieron bromeando más que nunca mientras comíamos.

Mientras su madre habla, Emilita asiste silenciosa a la conversación. El dolor de los recuerdos se le agolpa muchas veces en los ojos y los fija insistentemente en la labor que tiene en la mano para disimular una lágrima.

—Registros —me dice— los teníamos en casa a todas horas. Venía la policía y nos lo revolvía todo. Cuando Jesús se marchó a Pamplona después de lo de Calvo Sotelo, teníamos en casa sesenta y tres kilos de hojas clandestinas, listas de Falange y papeles comprometedores. Nos hicieron un registro, pero no nos encontraron nada.

NO LE VOLVI A VER MAS

Ya antes de la dominación roja doña Emilia y Emilita habían derramado muchas lágrimas por la suerte de los tres hermanos.

—Después de las últimas elecciones —cuenta doña Emilia— Jesús marchó a Barcelona. Allí le detuvieron y le trajeron a San Sebastián al cabo de varios días. Yo le ví llegar esposado y desmejoradísimo. Le habían tratado muy mal en Barcelona. Sin conocidos allí, sin parientes que se ocuparan de él... Venía sucio, con la barba crecida, con cara de hambre. No pude contener las lágrimas.

—Pero aún lloré más otro día —continúa— sin que pueda explicarme por qué; acaso un presentimiento. Detuvieron a Augusto, el pequeño, pocos días antes de estallar el movimiento. Con él detuvieron a otros dos amigos. Se les acusaba a los tres de haber asistido a una reunión clandestina en Irún. Se demostró que Augusto no había asistido; pero soltaron a los otros dos y a él no. Lloré mucho y acudí al gobernador Artola: "¿Por qué tienen ustedes en la cárcel a mi hijo? Es inocente".

—Puede ser, me contestó secamente, pero tengo orden terminante de tenerlo allí.

—No persiguen ustedes la culpa, persiguen el apellido.

No me contestó y salí llorando de su despacho. Lloré mucho aquellos días. Cuando iba a la cárcel a ver a Augusto, él me consolaba: "No llores, mamá. No hay motivo para que me tengan aquí. Saldré pronto.

No le volví a ver más.

ESPERO QUE TE PORTARAS COMO UN HOMBRE

Doña Emilia sabía que algo muy grave se aproximaba y que sus hijos iban a correr un serio peligro.

—Delante de mí —dice— hablaban poco de sus cosas. Pero un día, sin que ellos lo notaran, les oí una conversación. Era Jesús el que hablaba a los otros dos del movimiento que iba a estallar. Y le dijo a Mario: "Bien, pues ya estás enterado; espero que te portarás como un hombre".

Mario era el más delicado de los tres; estaba por aquellos días un poco enfermo y retirado de te, como pudo hacerlo no lo hicieron otros. Vino a sús que a última hora no estuviese dispuesto a seguirles.

—Sí lo pensó así —dice doña Emilia— se equivocó. Cuando llegó la hora se unió a las fuerzas de Loyola y allí estuvo resistiendo hasta la rendición. Entonces tampoco quiso huir por el monte, como pudo hacerlo, y lo hicieron otros. Vino a San Sebastián porque pensó, sin duda, que aquí estaba su puesto. Yo no sé cómo le detuvieron. Murió —así me lo han dicho, asesinado en el asalto a la cárcel de Ondarreta.

—¿Cuándo supieron ustedes que ellos habían muerto?

—Durante los días rojos supimos muy poco de ellos. Salimos de casa el día 18 y Augusto nos dejó en un hotel, donde nos quedamos escondidas. Yo estuve enferma todo el tiempo sin salir de mi cuarto; pero la policía nos encontró y venía a todas horas a preguntarme por mis hijos. Yo nada podía decirles. Sólo sabía que el día 19 Mario había llamado a la casa de un amigo y no le habían dejado entrar.

Cuando los rojos huyeron, la gente preguntaba: "¿Qué ha sido de los Iturrino? ¿No vive alguno de ellos? ¿Es posible que cogieran a los tres?

Nosotros tampoco lo sabíamos a ciencia cierta. Un día pasó un coche de un amigo de mis hijos. Emilita creyó ver que al lado del conductor iba Augusto. Echó a correr hasta que el coche se detuvo. La ví que volvía triste: no era él.

A la portera de la casa de al lado —la nuestra había huido— le dijimos al día siguiente que si volvía alguno de mis hijos le diese las señas del hotel en que estábamos: "Así lo haré, descuiden ustedes" —nos dijo compasivamente.

Ella ya sabía que los tres habían muerto.

LLEGUE A CREER QUE NO ME QUERIA

De los tres hermanos, era Jesús, el mayor, el más perseguido.

—No pensaba nada más que en España y en Falange —dice su madre—. Aunque los otros dos hermanos hubieran sido tibios, su entusiasmo los hubiera arrastrado.

Acabábamos de perder a su padre y él había terminado sus estudios de marino. Sin pensar que tenía que ser él ahora el sostén de nuestra vida, no quiso aceptar una plaza que le ofrecieron en la Compañía-Navarro-Vascongada. Para él no contaba en el mundo más que España y Falange. Se levantaba a veces de la mesa cuando estábamos comiendo y se ponía a escribir sin decirnos nada, sin fijarse en nosotros.

Muchas veces me hacía pensar que no me quería...

—Sin embargo, ya ha visto usted que no era así. Su último pensamiento fué para usted. Usted lo sabe, naturalmente.

—Lo sé, lo sé. Después de intervenir en todas las luchas de la calle, estuvo quince días escondido en casa de un amigo. Allí no le hubieran encontrado fácilmente, porque tenía dentrode la casa un buen escondite. Pero otro amigo del piso superior le hizo subir una noche a cenar. Al entrar la criada en la casa, la policía, sin llamar, entró detrás de ella y mi hijo no pudo esconderse. Le tuvieron algunos días en la C. N. T. y una noche le sacaron hacia el Paseo de los Fueros para matarle. Los milicianos que le llevaban le pasaron varias veces por delante de nuestra casa. Iban paseando, conversando con él casi amigablemente. Alguno de ellos ha contado luego que les daba lástima matar aquel muchacho tan valiente. Acaso no le hubieran matado. Pero llegó otro: "¿Qué hacéis? ¿No le habéis despachado todavía? ¿Es que os está convenciendo?

Mi hijo pidió un momento para prepararse. Se retiró y volvió enseguida:

—Ya estoy listo —les dijo alargándoles un cigarrillo y fumando él otro.

Me han dicho que les entregó para mí un crucifijo y setecientas pesetas. Sé que es verdad, pero nada de eso ha llegado a mis manos.

Ni siquiera una fotografía me ha quedado de mis hijos. Perecieron todas en el saqueo de la casa. A pesar de tantos dolores, Dios me ha dado una resignación que yo no hubiera sospechado.

Lo único que me hace llorar todavía —me dice doña Emilia al despedirnos— es que mis pobres hijos que tanto lucharon, no hayan podido gozar de la victoria de España y de la Falange.

Juan de HERNANI

Augusto Iturrino, el hermano mayor víctima también de la bárbara saña separatista

La hermana de los mártires, a la que Falange acompaña en su dolor saludándola con el brazo en alto. ¡Arriba España!

© Archivos Estatales, cultura.gob.es

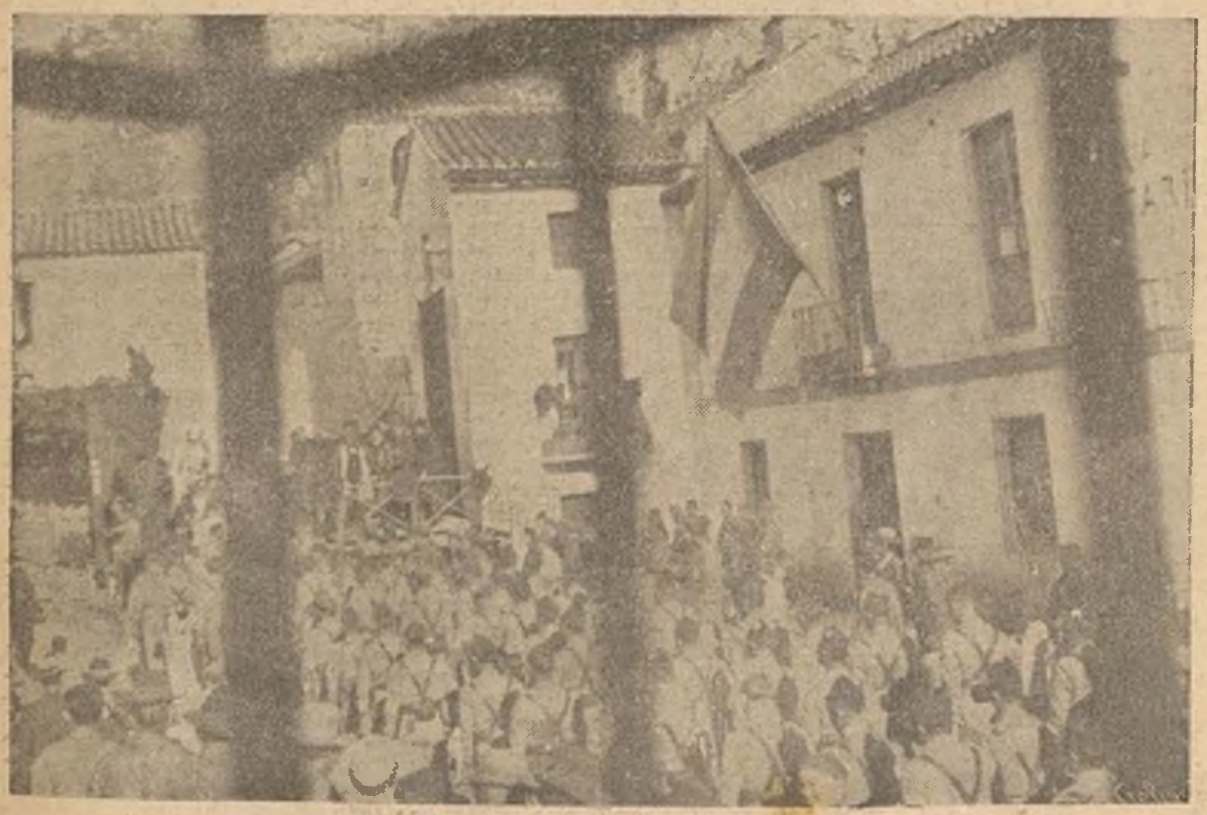
Con el capitán Nestares en las avanzadillas de Cogollos

El heróico capitán Nestares rodeado de los jefes de Falange en el frente granadino

COGOLLOS

El día en que el barullo de la guerra cese y se imponga la paz en España, aclarando las ideas y controlando los méritos, habrá que dirigir una mirada de admiración a muchos pueblecitos, héroes anónimos de la contienda nacional. Cogollos, avanzada de uno de los sectores granadinos, será de los elegidos, porque en él hombres y mujeres han sido el valladar que en todo momento estuvo dispuesto a compartir las horas grises de la lucha unido a la primera Bandera de la Falange de Granada, de guarnición allí.

Los habitantes de Cogollos están familiarizados con la guerra. No la desean, pero no la temen, y cuando un ataque rojo hizo mayor estrépito de fusilería y ametralladoras, allá fueron al fondo de las trincheras a combatir ellos, ellas a alentarles y a estar presentes con toda clase de auxilios, para, en el caso de que hubiese heridos, hacer, a más de esposas, de madres y de hermanas, de camilleras de la Cruz Roja.



El acto solemne de bendecir la bandera regalada a Falange en la plaza del pueblo Cogollos

EL CAPITAN NESTARES

Pero este espíritu admirable de Cogollos no nació como una semilla arrojada a voleo. Lo cultivó cuidadosamente la Falange, por obra y gracia del capitán José Nestares Cuéllar, y creció firme como un saludo nacionalsindicalista y recia, como la palabra de Manuel Hedilla. El pueblo, movido por una razón poderosa, vibró en pos de un solo sentimiento: la Falange. Se acabaron izquierdas y derechas y demás estilos y rutinas de la vieja política. Nacionalsindicalismo, propuso la Bandera del capitán Nestares. Y Nacionalsindicalismo hay en Cogollos, porque la Falange ha dado la razón a quien la tenía.

EL JEFE DE LA PRIMERA BANDERA.

Cuando busco al capitán Nestares, le encuentro almorzando, con un puñado de bravos, entre los que se encuentran los tenientes Jerónimo Morillas y Justo Martín Yuste, y los alféreces Molina Plata y Miguel Montoya. También almuerza con el Capitán, el jefe de Bandera Cecilio Cirre, que presta sus servicios en este sector.

—Sé lo que usted quiere—me dice el Capitán—y, realmente, puedo decirle muy pocas cosas. No va a encontrar tema para la interviú.

—Lo intentaré—propongo—. Veamos: ¿Desde cuándo está usted aquí?

—Desde el 27 de julio.

Yo recuerdo este día. Fué el día que las palas y piquetas comenzaron a trazar las trincheras de la guerra española. Desde entonces el Capitán está en Cogollos. Desde entonces Nestares siente sobre su rostro atezado el sol de las avanzadillas. Luego, tiene notas más que suficientes para surtir el cuestionario de mi conversación.

Parece adivinar mis propósitos y continúa:

—El veintisiete de julio, al mando de una pequeña columna, compuesta por guardias de Seguridad, Asalto y Falange, tomé los nueve pueblos de que se compone este sector. También, en combinación con otras fuerzas, ocupé Deifontes, por orden de la Comandancia, y más tarde, Colomera y Benalua.

—¿Y de entonces acá?

—Nada interesante, por lo que a mí respecta. No he hecho más que cumplir con mi obligación de mandar las fuerzas del sector. Sin embargo, por [illegible] hombres y a este pueblo ejemplar, si hay hechos bizarros ejecutados por héroes desconoci-

© Archivos Estatales, cultura.gob.es

Frente Granadino

Solicita que acompañaba a la madrina en la bendición de la bandera.

El capitán Nestares dirigiendo la palabra al público, en la plaza de Cogollos, después de la bendición de la bandera de Falange.

Después del acto de la bendición, el capitán Nestares rodeado de varios jefes de Falange.

los. Aquí, cuando los rojos "pusieron toda la carne en el asador", las mujeres y los hombres fueron a las trincheras, como a una fiesta. Y así, los defensores de Cogollos rivalizaban en valor, escribiendo en el diario de la guerra un capítulo de distinción.

LA LEY DE LA PATRIA

—Este pueblo es un vivero de falangistas maravilloso. De sus dos mil habitantes, los varones, salvo alguna rarísima excepción, son camisas azules. Todos sienten veneración por la Falange y, lo más admirable es que los primeros en lanzarse a engrosar nuestra Bandera, para batirse en primera línea, fueron elementos de la U. G. T.. Ellos se portaron con bravura en el combate, y algunos, como Ramón Martín Sierra, Francisco Aguado Morales, Luis Martín y otros, dieron la vida luchando encuadrados en los escuadrones de Caballería.

Y tenga usted en cuenta—agrega el Capitán—que estos hombres no vinieron a las filas nacionalsindicalistas por miedo, ni por ninguna otra cosa. Vinieron a ofrecerse de corazón y su valor en la lucha fué el exponente más sólido de su ofrecimiento.

—Vinieron—me dice después un falangista, callandito—porque el capitán Nestares es el ídolo y hay una razón fundamental para que así sea: el ha hecho cumplir en todo el territorio del sector la Ley y la Justicia. Hay respeto para las bases de trabajo y para los obreros; para la propiedad y para los patronos. El que falta a la Ley paga su delito. Con esta doctrina, tan sencilla, el Capitán, sin proponérselo, ha conseguido captar todas las voluntades para Falange.

Cuando acaba de hablar mi segundo interlocutor, aparece uno de los hombres de la primera Bandera.

—Capitán—dice—: la fuerza está formada.

—Muy bien—contesta.

Se marcha el falangista y acto seguido, a instancias del Jefe, nos levantamos todos. Es la bendición de la enseña de la Bandera lo que vamos a presenciar.

Momento esperado. Allí se ha congregado todo lo bueno del pueblo. El que no fué bueno tuvo que marcharse.

Banderas bicolores entrelazadas con la también bicolor rojinegra de la Falange.

Madrina de la bandera regalada a la Falange.

Entusiasmo por todas partes. La fuerza, que está formada, es saludada y aclamada con frenesí. ¡Arriba España! grita la muchedumbre enardecida.

Hombres, mujeres y niños saludan con el brazo extendido.

La Nueva España amanece.

El tiempo ayuda a los organizadores del acto. Un sol radiante hermosea el espectáculo. Las autoridades y los jefes militares sonríen ante la grandiosidad del acto.

Españoles todos, piensan en España. Comprenden a los desgraciados que, olvidando a su Patria, la han escarnecido, entregándose al extranjero.

Pero estos pacíficos vecinos, que al llegar el momento de la guerra no han vacilado en dar sus vidas por la Patria, no odian; piensan en que aquellos desgraciados volverán a sentir en España, a querer a España, a amarla como debe amarse a la Patria.

Y así, en este ambiente hermoso, comienza la ceremonia.

Están formadas en la plaza las fuerzas de Falange, Seguridad y un pelotón de Artillería. Desde una tribuna de madera el Capitán, el teniente coronel Torres, el teniente Morillas y varios jefes locales venidos exprofeso desde distintos puntos del sector, presencian la bendición y entrega de la bandera. Frente a la tribuna, los falangistas uniformados se mueven al unísono, bajo las voces de mando. Entre ellos, están Modesto Hita, Eduardo González Aurioles y Fernando Estévez, todos números bajos de la "vieja" legión fascista.

Hablan enalteciendo el acto: la madrina de la bandera, el capellán, el teniente coronel Torres y, finalmente, el capitán Nestares. Todos los hombres, mujeres y niños del pueblo están en la plaza, y cuando terminan los discursos, un espeso oleaje de brazos nacionalsindicalistas muestran su saludo de aprobación. Son los brazos del pueblo, del trabajo, de las masas, que soñara José Antonio...

José CIRRE JIMENEZ.

© Archivos Estatales, cultura.gob.es

¿Un Coñac?

FUNDADOR

DOMECO no compite en precios, lo hace sólo en calidad

© Archivos Estatales, cultura.gob.es

Retaguardia de la guerra

Servicio de Abastecimientos

¡Buen día de pesca! Subasta y exportación. Todos trabajan para que a nadie falte.

PENSEMOS un poco fuera del frente de combate. Vamos a la retaguardia que también tiene lo suyo. Hay mucho que hacer. Mucho que organizar.

El problema más importante —como es lógico— es el de los abastecimientos. Unas voces en la calle nos sugieren la idea de dar una vueltecita por el puerto. "Sardiña preskua", oímos sin cesar.

Recorre el reporter la calles de la ciudad. Siguen las voces de las neskas ofreciendo la mercancía que otra va a buscarla.

Por lo visto ha sido un buen día de pesca.

Dos vendedoras se cruzan cerca del puerto. Marchan de prisa. La una con sardina. La otra marcha a buscarla.

—¿Ha venido mucha?

—Sí, mucha.

—¿Precio?

—Bueno.

Sin más conversación, continúa cada una su camino.

Llego al puerto. En la Jarana, animación, vocerío.

Ya entran los vaporcitos cargados de sardina. Uno, dos, hasta tres enfilan la entrada de la dársena. Vienen repletos...

El reporter se acerca. Un pescador viejo sube la escalerilla. Allí está Vicente, el pescador veterano, el "Angel Bueno" de muchos. Conoce todos los secretos del mar. Al llegar a cierta edad, buscó el descanso de sus últimos años, pero las circunstancias obligan y él, que es un buen patriota, ha vuelto al mar.

Como siempre, como en sus años mozos, con las manos en los bolsillos del pantalón y la colilla en la boca.

—Buenas tardes, Vishente. Nos vemos otra vez al cabo del tiempo...

—¡Cuántas cosas han pasado desde entonces!...

—Sí, muchas. Yo también he pasado lo mío. Sabían cómo pensaba y no me perdonaban.

Y ya entra el repórter en franca conversación con el veterano pescador.

Como buenos y antiguos amigos, departimos, recordando tiempos lejanos. Dentro de la confianza, Vicente charla y cuenta.

—Ya ves lo que son las cosas. He vuelto a la mar. ¡Quién lo había de decir!

Cuando esperaba vivir tranquilo no saliendo más que a la Concha para pescar chipirón resulta que tengo que volver a coger el timón.

No hay más remedio. Todos tenemos que haser algo. Los chicos, unos en el frente, otros en Perrol, en el barco. Hasen falta "brasos" y los viejos tenemos que volver.

Aquí hemos quedado pocos. Los malditos rojo-" nasionalistas " (y al llegar a este punto suelta una expresión...) arrastraron a mucha juventud y se llevaron no pocos "vaporsitos", pero no importa, aquí estamos nosotros. Trabajaremos por los que están luchando por España, y daremos de comer a todos.

—¿Qué tal va la pesca?

Bien, muy bien. Salimos por la mañana "trempano" y proa al mar, a buscar el banco.

Y cuando lo divisamos, arrcando a toda máquina para llegar pronto.

Ahora no hay lucha, pero no importa. Como en aquellos tiempos del remo en que llegar a la sardina primeros representaba ser los amos, echar la red, cargar y... vuelta para casa.

"Entonses" buscábamos el mejor "presio"; hoy no importa el "presio", ahora, que no falte nada a nadie.

Lo mismo que "entonses" cuando "hasíamos" las regatas de traineras para ver quién llegaba primero al banco.

Como el que llegaba el primero era el amo...

¿Sois mucha gente?

No; esto ha quedado en cuadro. Mira, Allí, la casa aquella, sólo han quedado tres. En aquella otra siete y así en casi todas. Los malditos rojos-"nasionalistas". No tienen perdón de Dios.

Unos, de miedo; otros, engañados. ¡Cuántas familias "destrosadas"!...

Muchos se han marchado, pero nosotros quedamos aquí. Solos nos bastamos.

Y mientras conversamos con Vishente, observamos.

Ya la sardina ha sido llevada al murallón. Las cestas llenas se colocan cerca de las vendedoras. Surge la "Shishtil" que hace so-

© Archivos Estatales, cultura.gob.es

¡Sardina fresca!

nar la campana.

Y seguidamente comienza la subasta.

Cinco, cuatro noventa, cuatro ochenta, cuatro setenta...

De pronto una voz: ¡Mío!

La subasta ha terminado, el precio está hecho. Seguidamente una, otra, otra y las sardineras marchan hacia el interior de la ciudad.

—"Sardiña preskua"...

Pronto la capital se ve invadida de rica sardina.

Mientras tanto unas mujeres trabajan sin descanso, preparando las cajas que han de ir lejos, muy lejos.

Clavan las cajas, colocan las etiquetas. Leo en ellas: Pamplona, Vitoria, Burgos, Zaragoza, Avila...

A todas partes llega, para todas las capitales sale la rica sardina.

—¡Qué triste es ver lo que aquí sucede! ¡Cuánta gente engañada! —me dice Vishente.— Yo por defender a España he estado a punto de ser víctima de los rojos. Los comunistas habían echado aquí la red, más bien "desir", las "sarpas" del pulpo.

Y por otra parte los "nasionalistas"...

Ya sabes que aquí todos éramos como hermanos, pero desde que entraron aquéllos, no nos podíamos ver.

Las familias divididas: donde el padre era de los nuestros, el hijo comunista o "nasionalista". Yo, "grasias" a Dios no tengo queja. Mi hija aquí está. Trabajando por España, aunque va para vieja. De los nietos, el más pequeño conmigo, el mayor en Perrol, en el barco; el otro en "Palanque", estuvo en el cuartel de San Bartolomé y luego voluntario al frente. Todos bien y todos volverán. Dios es bueno. "Jaungoikoa" no puede estar con ellos, porque son los malos. Tiene que estar con nosotros.

Y sonriendo, sin soltar la colilla, exclama con energía: "¡Hay que cumplir con el deber. Por España y para España!"

¿No se "dise" así? Ya ves que yo también sé "desir" "cosas bonitas" como vosotros.

Ochenta años he cumplido y he vuelto a la mar.

A la mar iré para sacar la sardina y la bocarta.

También con la bancha a por chicharros.

Los viejos tenemos que "andar" para que los jóvenes salven a España.

¿Qué te "parese"?

—Bien, muy bien. Todos tenemos que trabajar por aquéllos.

Y mientras la conversación se mantiene, van llenándose las cestas para ser llevadas a la muralla.

Ya está el vapor descargado.

Vishente grita a los suyos.

Ahora los baldes y a limpiar. Luego un chiquito y a "senar", para dormir y salir mañana "trempano".

Los chicos de Vishente cumplen la orden sin pestañear.

"Aita Vishente", como le llaman los suyos, se siente orgulloso.

—Estos como "entonses" —me dice.— También ahora hay buenos chicos.

Y juntos regresamos al puerto para "echar el chiquito", mientras que la ciudad se ve invadida por "neskas" que van gritando "¡Sardiña preskua".

Un servicio de retaguardia. El abastecimiento. Así, con orden, con normalidad. Y como decía Vishente, sin miendo a los aeroplanos ni a los barcos rojos.

Esos no aparecen. Estamos bien guardados...

Como se atrevan...

Pero no se atreverán. Ya saben lo que les espera.

Triunfaremos y con el triunfo nos veremos libres de quienes nos deshonraron.

Nosotros, siempre españoles.

Y el vaporcito, al atracar a puerto, vuelve a descargar la pesca, que luego es subastada.

© Archivos Estatales, cultura.gob.es

YUGOS Y FLECHAS EN LA GUERRA

PICOS con pinceladas blancas, manto de nieve que cubre las montañas de Cantabria.

Se alza a nuestra vista un frente de guerra de formidables trincheras que el genio de la Naturaleza ha trazado y la ciega oportunidad ha regalado a las masas rojas.

Ante estas fortalezas naturales, en un frente de kilómetros y kilómetros los bravos muchachos de Falange han dibujado una raya divisoria con la planta enérgica y firme de sus pies; línea azul como la camisa que alienta sus ideales.

Ataques de la fiera y monstruo rojo se han estrellado contra los pechos recios de nuestros falangistas.

EVOCACION DE NOMBRES GLORIOSOS

Parapetos de Para, Santa Olalla, La Herbosa, Los Campos, El Caballo, La Puntilla, Loma, Cobanera, San Felices, Campiño, Espinosa de Bricias y Paradores. Todos estos nombres evocan guardias sobre los luceros, camaradas caídos, nuestros mejores, zarpazos enemigos, cantos de victoria, ardores de guerra, sabores de camaradería.

En nuestro caminar surge un descanso. Unos brazos en alto, rostros conocidos de mozos montañeses, detienen nuestro andar. Responden nuestros brazos. Una tonada montañesa con eco lejano, canto de trinchera, remoza nuestro ánimo.

TEMPLE DE RAZA

Goya, Daniel, Carral, Zorrilla y otros, todos montañeses; falange del campo y de la ciudad; labradores, obreros, empleados, estudiantes, jefes de industria, profesores, ingenieros, médicos, todos los oficios, todas las profesiones, todas las virtudes de un pueblo trabajador están fundidos, simbolizados en la Unidad de Falange.

Cala en su alma un temple de raza. Sus canciones de gusto y color montañés es aire de la gesta heroica de esta muchachada. Madres e hijos, padres y hermanos, calor de familia quedan allá, en la barbarie marxista. Unos presos, otros en rehenes, otros cobardemente asesinados.

Ellos, arma al brazo, son fugados del campo rojo, a través de montañas y ríos, entre frío y hambre y peligros mil. Se

Cumbres de Cantabria cubiertas de nieve. La Falange recorre las veredas y senderos para después comentar a la puerta de un refugio las incidencias del combate.

Camino

CAMISAS

jugaron la vida al pasarse a nuestras filas; se la juegan alegres una vez y ciento más, para recobrar a España, para arrancar la Tierruca de las garras marxistas.

Añoran besos de madre, de esposa, de hijos, de novia, de hermanas, pujando clavar la bandera roji-negra en lo alto, arriba, en las cumbres de nuestras montañas.

Camarada Goya, ¿tendrás cosas serias que decirme? Serias y fuertes, responde nuestro camarada jefe de las milicias montañesas.

GALLARDIA EN EL COMBATE

Estos muchachos están cubiertos de gloria y de gallardía en una serie larga de combates Recuerdo en estos momentos el del 10 de octubre en Loma de Montija; fué agrio y duro. Los del 2 y 6 de diciembre en el parapeto de la Puntilla; alegre pasar de laureles, lucha dura y entera, recuerdo de camaradas caídos.

2 de diciembre, hecho de armas viril, enérgico de unos cuantos muchachos montañeses. Impulsados por sus afanes de Imperio siguen la gesta brava su jefe de centuria, camarada Hevia, a la bayoneta, con bombas de mano, al asalto de la tierra roja.

Zafarrancho del 2 de enero en la Herbosa y del 4 en Espinosa de los Monteros, aguafuerte guerrero, trazos épicos.

Camaradas Hevia, Vanden, Esden, El Cachorro, Añibarro y más caídos todos con igual afán, escribistéis todos con vuestra sangre líneas de orgullo para la Montaña, para España, para nuestra causa.

Muchachos montañeses, de valor probado y sellado, propuestos para la medalla del mérito militar, en vuestros pechos quedará clavado tan alto honor.

Camarada Goya, ¿qué me dices de los nuestros que obligados por el destino colorean en rojo?

Algo quiero referirte. Después de las luchas, en

Una trinchera en el frente de la montaña

© Archivos Estatales, cultura.gob.es

de balas hacia Santander

AZULES EN EL FRENTE DE LA MONTAÑA

Las primeras avanzadas del frente. La Falange vigila atentamente los movimientos del enemigo

manos nuestros, muerte oscura y heroica, héroes en la sombra de un destino fatal! ¡Temple de raza!

SANTANDER NOS LLAMA

En el silencio de la noche, entre espacios de fuego de trinchera a trinchera, nuestra muchachada escucha en los parapetos rojos acentos montañeses. Silencio impone a los suyos un camarada de sufrida camisa azul. Escuchad. Y allá enfrente, a unos metros, a unos pasos, se alza una voz enemiga. Es Neluco, el Rojo de Renedo, exclama nuestro camarada.

—Y así días y días. Montañeses, estáis escribiendo para la Historia, para el Mundo, rasgos nuevos, páginas de un temple de raza no igualado. Lleváis entre la amargura de vuestro drama, de vuestra tragedia, esencias nuevas de valores firmes y fecundos, arrancadas de las entrañas de la Historia de España.

Santander nos llama. Camaradas, con el brazo en alto. Arriba España.

Arriba, responden voces juveniles en una sola.

Lleváis esencias que fructificarán pronto. Con vuestro valor habéis señalado una nueva era en esta gesta sin par. Pronto, cuando llegue la victoria definitiva, cuando en España amanezca el nuevo sol, os recordarán con orgullo y vuestro ejemplo sellado con sangre joven y generosa servirá para que los del mañana sigan la gran ruta que les habéis señalado.

Jamás os olvidarán; al contrario, os recordarán con entusiasmo, os admirarán luego como os admiran hoy, os rendirán el tributo de homenaje, como os rinden hoy los que quieren una España digna y honrada, la España que ha de ser, merced al esfuerzo que realizáis: Una, Grande y Libre.

La sangre que habéis derramado en los cruentos combates liberados; tendrá su premio, el premio merecido; y los que

los momentos dedicados a la recogida e identificación de cadáveres del campo enemigo, apena nuestro espíritu el destino cruel y ciego de muchos hermanos nuestros en ideas y sentimientos; nuestros en pensar, sentir y nacer que forzados por el despotismo marxista entran en los ataques contra nuestras posiciones. Recogemos cadáveres de estos hermanos nuestros con su fusil mudo, con señales ciertas de su mudez, de no haber disparado un solo tiro, con las municiones completas. ¡Her-

Tregua en la lucha. El fotógrafo ha sorprendido este momento de calma en el interior de un refugio.

sobrevivais a esta gesta sublime, sin precedentes en la Historia del mundo, mostraréis altivos vuestras cicatrices enseñando a los que vivieron cómo se salva una Patria.

La España que agradecida os mira con ansiedad, esperando el momento supremo, confía en vosotros, camaradas de la Falange; sabe que con vuestras vidas dejáis el camino a la grandeza y al Imperio. España será un imperio en el que, como hace siglos, no se pondrá el sol.

Santader nos llama. Camaradas con el brazo en alto. Arriba España.

Arriba, responden voces juveniles en una sola.

El Delegado de Prensa y Propaganda en los frentes de guerra

BILLAR

© Archivos Estatales, cultura.gob.es

El Jefe de la Falang

Alcubierre han escrito los camaradas de Aragón. Y el más niño, quizás, de aquellos falangistas vascos, vestidos mitad de soldados mitad de pastor, dice:

--Si llega la ocasión, nosotros haremos lo mismo.

(Hemos respirado, porque creíamos que, en su juventud florida de hipérboles, querría "hacer más todavía").

TRAGEDIA DE CAMPOS Y CASERIOS

Regresamos a Vitoria. Familias enteras de campesinos, con sus vacas, regresan a la casa de la que les hizo huir la guerra. Todos los ojos están tristes ante la tragedia de los campos y los caseríos.

Almuerzo en la ciudad, rodeado de camaradas, que hacen preguntas y consultas.

Con Hedilla no se puede hablar más que de la Falange. Visita al Hospital--enfermeras con flechas rojas

HEDILLA

"DESCANSA„

AIRE DE CAMPAMENTO

DE pronto, el viernes último, Manuel Hedilla advirtió que estaba cansado. Meses y meses detrás de la mesa, entre papeles innumerables y visitas numerosas; pendiente del auricular como un radiotelegrafista de buque en una tremenda tempestad de casi un año; atento el oído a los millones de voces de fuera; alerta la mirada al ir y venir de un oleaje de días encrespados. El timonel de la Falange se sintió cansado bruscamente y quiso descansar.

--A las cuatro, el coche--ordenó.

A las cuatro y cuarto, Manuel Hedilla en el volante, yo a su lado y detrás Miguel Gran, escoltas, salíamos de Salamanca para el Norte.

--Vamos a respirar aire de campamento y a charlar con los muchachos que combaten.

El maquinista del "Alcázar de T...

La voz de Manuel Hedilla se alegra infantilmente. Y el pie en el acelerador, abre las fauces sedientas de velocidad del cuentakilómetros. Pasan y pasan leguas de llanuras. Cientos de labriegos se incorporan de la tierra que cuidan, para saludar, brazo en alto, al automóvil del Jefe.

De Salamanca a Miranda, de un tirón, cortando pueblos y ciudades insignes. El sábado--de mañanita--a Vitoria. En la Jefatura Provincial, Hedilla pregunta, inquiere, aconseja. A las diez, al frente. Ochandiano y Barazar, los pueblos castigados por la guerra, son visitados por Hedilla, que recibe homenajes de cariño y respeto de falangistas, soldados y oficiales que le reconocen, aun cuando viaja como un particular, con su impermeable, su boina y su sonrisa. Sube a las posiciones más recientemente conquistadas; a los montes con niebla, barro y falangistas. Habla con todos llanamente y les felicita por su bravura--de la que ellos no hablan, pero elogian sus jefes--sin arenga ni discurso. Simplemente con una frase que por su sencillez pone resplandor de alegría en los rostros de quienes le escuchan:

--Espero, camaradas, que sigáis siendo, como hasta aquí: los primeros en el combate y los mejores en la paz. Sin esperar otro premio que la satisfacción del deber cumplido con España y con José Antonio.

"Pacos" sueltos y restallar de ametralladoras subrayan las palabras del Jefe, que aprueban los "camisas azules", los muchachitos imberbes de las centurias alavesas cubiertas de gloria en los picachos de Amboto, Barazar y Urquiola.

Luego, sabedor de lo que significa el ansia de emulación, les cuenta, emocionado, la página de epopeya que en la Sierra de

en el Norte

El Jefe de Falange conversando con el capitán del barco glorioso

frente--aunque tiene gana de atacar Bilbao--y de su compañera de carretera, a quien la Centuria llama "La aPsionaria". Cuando Tomás sabe que quien le habla es el jefe de la Falange, se emociona un poquito y acaba por regalar a Hedilla un cigarro que hacia poco compró.

EN LAS AVANZADAS

Subimos a las avanzadas. Hedilla y los falangistas navarros charlan y bromean. El respeto a la jerarquía y la camaradería--esto que no comprende ni comprenderá quien no ha vivido la camisa azul--se funden en una sensación de armonía y belleza como una superposición de cinema bien compuesta. Cuando vamos a tomar el auto, uno de los falangistas dice tímidamente:

--¡Que volváis pronto!

Y otro le rectifica:

--¡Que nos veamos en Bilbao!

Brazo en alto, despiden al Jefe cantando "Cara al sol".

HEDILLA EN LA CIUDAD

A las cinco de la tarde, en San Sebastián. A tiempo para asistir, en la Jefatura Provincial, a la entrega de nombramientos a los jefes de la Segunda Línea donostiarra. Nuevas conversaciones y consultas a Hedilla en el despacho del jefe provincial. Luego, al café. En una terraza de la Avenida, un grupo de camaradas rodea al Jefe. Todos los que pasan le saludan. Muchos se le acercan. En el atardecer, en la terraza, cerca del mar, se establece una "sucursal" de la oficina de Salamanca y Hedilla "sigue recibiendo visitas"

AL FRENTE

El lunes, de madrugada, a Vergara. La operación anunciada se ha aplazado por el mal tiempo. Pero Hedilla puede seguir descansando. Visita la Jefatura local, la Sección de Carros de Combate--donde el noventa por ciento de los jefes y soldados son falangistas--las baterías pesadas y los parapetos, donde --¡cosa rara!--el porcentaje de flechas y yugos es también crecidísimo

El camarada Ochoa "motil" del "Alcázar de Toledo" tiene ya la "respetable" edad de trece años.

sobre el blanco batín--a estrechar manos de héroes doloridos y abrasados de metralla. Después, a visitar la Escuela de Jefes de Falange, de Zuazo. Luego, a las cárceles, a visitar los presos rojos y los pasados a nuestras líneas, entre los cuales pueden hallarse--y se hallan--camaradas. Después, a recibir nuevas visitas y a resolver más asuntos. Por la noche, hasta la madrugada casi, en la casa de un camarada militar, hablando de la guerra...

El domingo, a Ondárroa. Al volante, siempre Hedilla. Las ventanillas abiertas. Aire fresco y salado. ¡Qué bien respiran este aire los pulmones presos meses y meses en la Junta de Mando de la Falange Española!

Almuerzo al aire libre, al borde de la carretera, viendo Ondárroa al pie. Hablando de la Falange, de su pasado y su futuro.

DE COMO HEDILLA CONOCE A "LA PASIONARIA"

Y es en aquel sitio bellísimo donde el viaje de Hedilla tiene su nota pintoresca. Hedilla conoce a "La Pasionaria" y se retrata con ella. Este episodio bien vale todo un reportaje extenso, para el que no hay tiempo. Se contará en dos palabras.

Baja desde Motrico, caballero en una mula, un falangista joven y espigado. Hedilla le detiene y le habla. Se llama Tomás Sola, es de Tudela y pertenece a la cuarta Centuria de la cuarta Bandera de Navarra. Tomás está encantado del

edilla después de isitar los depar- amentos del bar- co dialoga en la cámara" y sobre ubierta con la he- óica tripulación.

© Archivos Estatales, cultura.gob.es

HEDILLA EN EL MAR

A la sombra del Santo Cristo de Lezo, fanal marinero de Vasconia, marca del Almirantazgo de Castilla junto a Francia, curva como una vieja espada, la ría de Pasajes mece un equipo de barcos: es la flota apresada por los caballeros del mar de la Falange. Miles de toneladas cabecean su obra muerta sobre las aguas verdes, tan quietas y puras, que nadie diría que las pueden hendir quillas guerreras, sino naves pacíficas del comercio y de la pesca.

Pero también en el mar ha sonado la trompa de Marte y las naves españolas han desperezado sus arboladuras, han hecho gemir sus cuadernas con el entrañable grito de las inertes estructuras de hierro y de madera, porque hay que salir de nuevo a la innúmera aventura que Dios ha reservado a las gentes de España en los caminos de la mar.

Y así como el campesino ha convertido en armas de guerra las pacíficas herramientas del agro, el pescador de las verdes tierras de Galicia y de Cantabria, ha transformado los bravos pesqueros que son envidia del inglés en el "Great Sole", en barcos corsarios, del más noble y arriesgado corso, en la costa más difícil del universo.

* * *

Aquí está, escaso de toneladas y de andar, el "bou" "Alcázar de Toledo", gracioso como una yarceta, orgulloso de su armamento de barco guerrero y lleno, sobre todo, de la risa, del humor y de la alegría de una tripulación de falangistas, pintoresca y heterogénea leva de corazones en que el riojano y el manchego han sentido de pronto la llamada milenaria de la mar y han cambiado la estática llanura de surcos geométricos por la verde miés y el surco infinito de la mar sin límites.

* * *

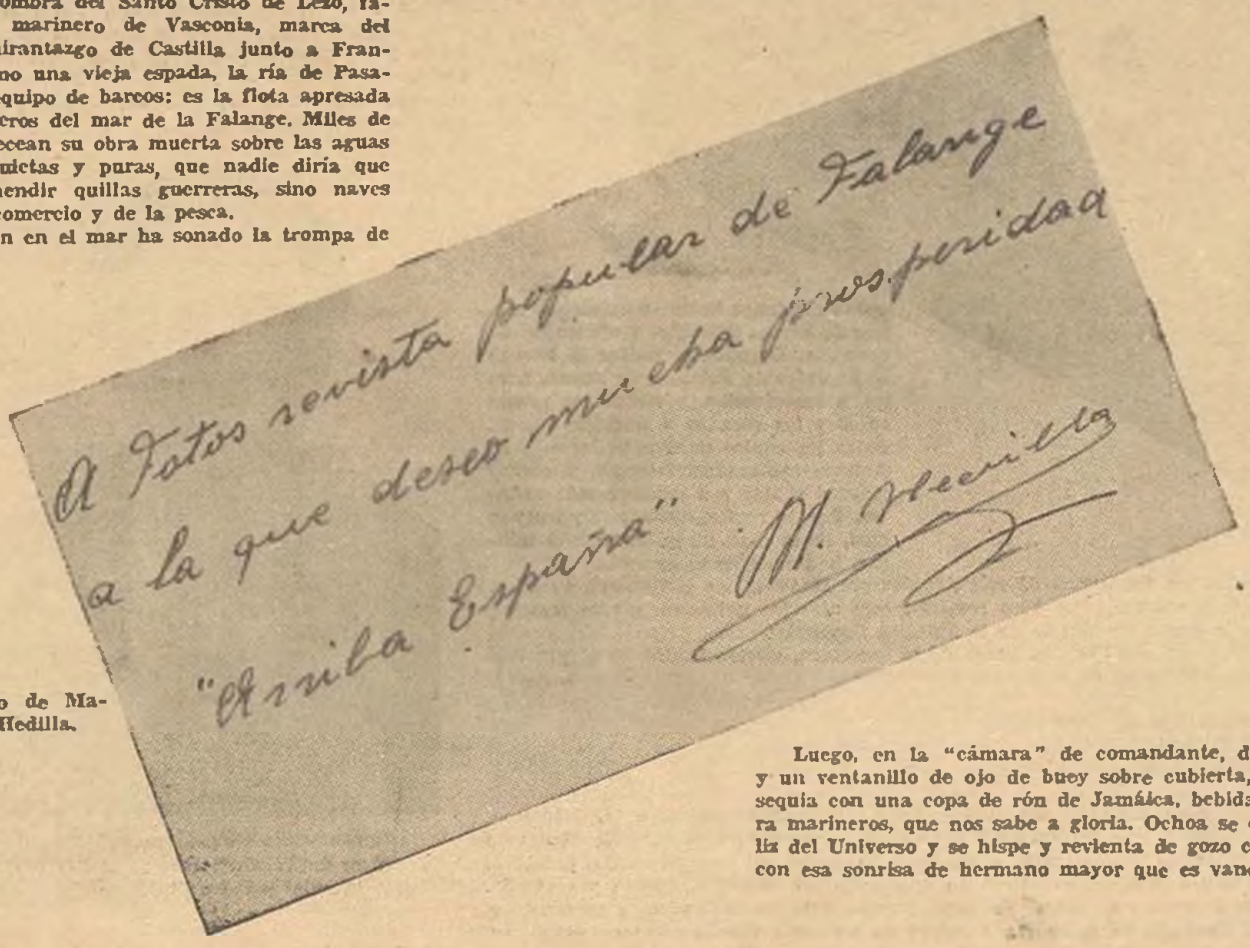
Hay a bordo un revuelo de uniformes absurdos, en que la única prenda igual es la gorra de mar. Los tripulantes, altos, bajos, viejos, jóvenes, hasta un número de una docena, forman en popa, la centinela del portalón, un crío rubio de apenas quince años, está tieso y magnífico, inmóvil como un mástil con su fusil. Por la plancha sube en dos trancos Manuel Hedilla el camarada Manuel Hedilla, Jefe de la Junta de Mando de Falange Española, bajo cuyo signo flechado parte todas las madrugadas el "Alcázar de Toledo" hacia la caza del barco rojo o del barco traidor entre nieblas y temporales cara a cualquier viento sin pensar más que en poner a tiro la luz que huye entre las sombras con el contrabando de guerra.

No es posible contar todavía las horas heróicas, los episodios maravillosos de audacia de este barquito valiente y marinero. El comandante, magnífico tipo de marino español, hombre de tierra adentro como el almirante Bonifaz, recibe a Hedilla jovial y respetuosamente y le presenta a la tripulación. Son todos camisas "buenas" (como dice Hedilla que no hace distinciones cronológicas sino de calidad entre sus camaradas), camaradas probados en la más dura pelea imaginable. Están llenos de alegría, porque Manuel Hedilla es, en estos momentos, para ellos, además del Jefe el camarada, el compañero de trabajo. Manuel Hedilla tiene una bellísima y dura profesión: es maquinista naval. Al pasar revista a la "tripulación" se le ha notado una sonrisa íntima y cordial de quien regresa a un ambiente bien amado.

El camarada Ochoa, es sobre todos, el más alegre. Le revienta la alegría en la cara gordezuela y lampiña, de crío travieso. El camarada Ochoa, "motil" del "Alcázar de Toledo" tiene ya la respetable edad de trece años y sueña todas las noches entambuche sueños de Almirante de Castilla.

Hedilla estrecha la mano de todos y con una agilidad sorprendente se hunde en el vientre del barco, hacia la máquina. Le seguimos con dificultad por escalas y escotillas hasta que le encontramos pacíficamente dialogando al lado del cuadrante de mando con su camarada el maquinista del barco. Hablan el lenguaje maravillosamente ininteligible de su artesanía y Hedilla acaricia con la fuerte mano de conductor de pueblos las manivelas relucientes, los aceros calientes como miembros humanos de las ruedas de mando.

Luego, en la "cámara" de comandante, dos metros cuadrados escasos y un ventanillo de ojo de buey sobre cubierta, el camarada Ochoa nos obsequia con una copa de ron de Jamáica, bebida imperial, alcohol fuerte para marineros, que nos sabe a gloria. Ochoa se considera la criatura más feliz del Universo y se hispe y revienta de gozo cada vez que el Jefe le sonríe con esa sonrisa de hermano mayor que es vano tratar de imitar.



Autógrafo de Manuel Hedilla.

PARAPETOS DE LA MAR

Por la tarde, a Pasajes, a ver a los camaradas de los "bous", parapetos del mar. Hedilla es--tal vez--aquí donde se siente más a sus anchas y donde le gustaría más quedarse. ¡No en balde ha sido marinero de guerra y marino mercante en sus mocedades y son la mar y sus cosas alegres y de nombres eufónicos, como novias lejanas del hoy timonel de la Falange! Hedilla, en las máquinas del "Alcázar de Toledo", se siente como el pez en el agua y la complicación de los manómetros y demás aparatos de navegación le son más familiares y amenos que el papeleo político. ¡Si él pudiera se iría a navegar por su costa cantábrica, a jugarse la vida persiguiendo buques rojos, en el vientre de fuego del barquito, a toda máquina! ¡Si él pudiera, haría tantas cosas!...

Los marinos falangistas--guipuzcoanos casi todos ellos--han vibrado con la visita del Jefe como los falangistas de Alava y Navarra. ¡Unidad de los corazones de España y Primavera que llega por la Tierra y el Mar, como quería José Antonio. ..

(José Antonio. En cada momento del viaje le estamos recordando todos. ¡Cómo gozaría nuestro Jefe Nacional al ver su obra en marcha, hacia la España que quería!)

HEDILLA, LA POPULARIDAD Y LA PRENSA DE FALANGE

De vuelta a San Sebastián, Hedilla inspecciona el número, ya próximo a salir, de "Vértice". Hace observaciones, corrige defectos pequeños, señala normas.

El martes, el violento temporal impide el viaje al frente. Hedilla celebra tres o cuatro conferencias y a mediodía sale a pasear. La gente, en la calle, le saluda con afecto y respeto. Entra a comprar algunas cosas. En todas partes, antes de que diga su nombre, los comerciantes lo estampan en el paquete. Hedilla no se da cuenta de su popularidad. Pero quien le seguimos, vemos en las miradas, en las señas, en las cabezas que giran para verle, que hoy es Manuel Hedilla la figura civil más conocida, más respetada y en la que hay puestas más esperanzas, no sólo en España, sino en muchos países que nos aman.

Por a tarde, visita a "Unidad". Un poco después, otra visita a FOTOS. Un gran rato de palique con los camardas que, incansables, "elaboran" la popular revista gráfica de la Falange.

El miércoles, regreso a Salamanca, donde dirá, seguramente--porque Falange es así y Hedilla así es de falangista--"que ha estado descansando".

Félix de VAL.

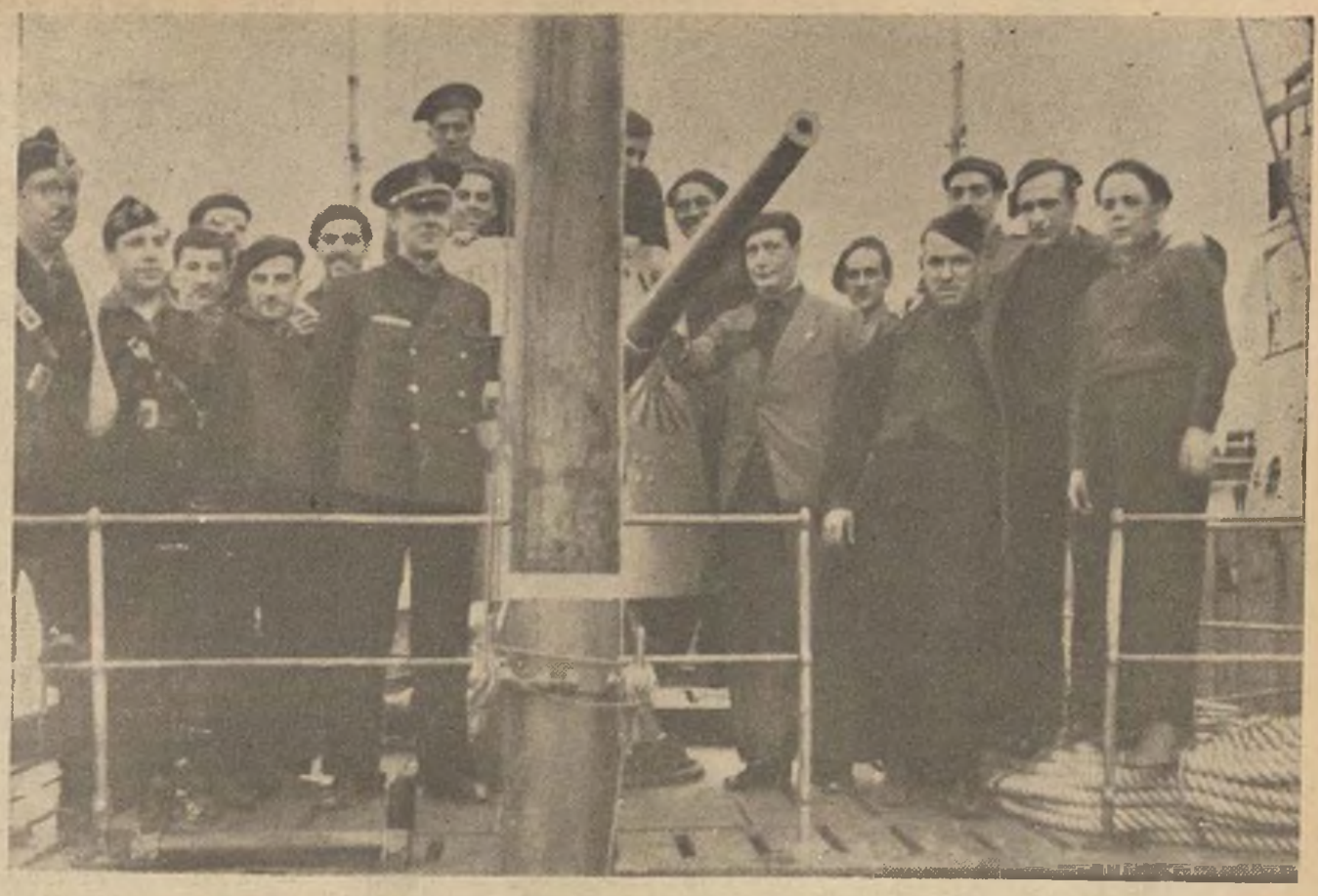
© Archivos Estatales, cultura.gob.es

La cristalería de a bordo no es precisamente la del "Queen Mary". Consta de un chato para manzanilla, una copita como un dedal y dos tanques de hierro esmaltado. Pero en esta comunión del Jefe con sus amigos y camaradas en la modesta y heróica cámara del comandante del "Alcázar de Toledo" hay una sacra solemnidad como de cena de Emaús, bajo la tarde finísima y lavada, sobre la ría de Pasajes, curvada como una espada vieja a la sobra del Santo Cristo de Lezo.

Esta noche el camarada Ochoa ha dormido como un angel marinero. Hedilla, le ha estrechado la mano y se ha retratado con él...

* *

La sombra de los barcos capturados por el "Alcázar de Toledo" nos escolta cuando abandonamos Pasajes. Entre estos barcos hay uno, el "Galerna", armado después de su captura y autor famoso de varias hazañas que aún no se pueden relatar. Su comandante, un fino marino de España, ha rendido a Hedilla su homenaje y Hedilla le ha devuelto el suyo con el sobrio y caliente estilo de Falange Española.



Hedilla, sobre la cubierta del "Alcázar", rodeado de la tripulación después de beber una copa de ron de Jamáica, bebida imperial, alcohol fuerte para marineros.

Cuando regresamos todos a San Sebastián, el camarada Hedilla, con su gabardina y su boina, conduciendo un modesto y remendado cohecillo de poca fuerza, parece un joven obrero que regresa del taller a su casa con la alegría de la obligación cumplida y del jornal ganado honestamente.

Y es, sin embargo, y quizás por eso, el hombre que en estos momentos conduce, con la dura mano del artesano, la masa de españoles más heróica y denodada que han conocido los siglos. Es, precisamente el hombre a quien nunca dijo José Antonio Primo de Rivera las cosas dos veces. El que entendio como ningún otro de los que están entre nosotros, la consigna heróica de que "Falange es sacrificio".

José de MONCALIAN

Hedilla y el pequeño Ochoa, camaradas, apesar de las jerarquías. Que el espíritu de la Falange es éste; hermandad y sacrificio

Agradecemos en lo que valen y significan las frases de estímulo y aliento de nuestro Jefe.

FOTOS, que en el corto espacio de tiempo que lleva de existencia, ha llegado a ser el periódico de mayor circulación de España por su contenido esencialmente popular y periodístico, se siente orgulloso de la visita del Jefe de Falange.

¡Arriba España!

Hedilla abandona el barco acompañado de los jefes

Hedilla en nuestra casa

Días pasados tuvimos el alto honor de recibir en nuestra Redacción al Camarada Jefe de la Junta de Mando de Falange Española Manuel Hedilla, quien visitó detenidamente todas las dependencias, quedando altamente satisfecho de la organización de todos los servicios y haciendo grandes elogios de todo el personal encargado de la confección de FOTOS.

El jefe de Falange se deja sorprender por el fotógrafo en el despacho de nuestro director

© Archivos Estatales, cultura.gob.es

La comida abandonada. Una prueba de la no intervención rusa, se ve en la cubierta de un camión blindado y en la tapa de una caja de bombas rusas.

GLORIOSA OFENSIVA EN EL FRENTE DE VIZCAYA

Por las veredas

EL LLANO Y EL VALL

UN muchacho azul, nos grita, al paso:

—¿Váis a Villarreal?

—Más lejos.

—¿Queréis llevarme?

—Sube.

El auto vuelve a deslizarse en las manos de Campúa, que quiere conducir para no tener que ordenar a nadie la parada. El lo detiene, tira su placa y continúa. Vamos por esta carretera que desde Vitoria deja a la izquierda los montes famosos en cuya busca corremos. Y miro y hablo con nuestro huésped del momento.

El paisaje es clásico del terreno. Profundos verdes, calientes y húmedos, buenos árboles desmochados por la estación y caseríos grises. Unas mujeres trabajan la tierra y en la tierra ausencia de hombres y de esos pequeños bichillos caseros que son el tesoro, la ayuda y el placer del labriego. Por aquí no ha pasado la guerra, pero ha estado largos meses la revolución, mucho más dañina y destructora que ella. Los profundos badenes de la carretera dejan ver en sus altos, la pobrecita torre de la iglesia de Villarreal, mordida en su aguja por el odio rojo.

—¿Tú has estado en Villarreal?

—Los dos últimos meses.

—¿Muy duro aquéllo?

—Mejor, muy molesto. Ya sabes que ese pueblo, casi al principio de la guerra, fué rebasado por los rojos que avanzaron por esta carretera casi dos kilómetros. No lo pudieron tomar y en aquel ataque al que fueron casi 12.000 hombres, el fuego enemigo hizo todo lo que verás al paso. Ellos tenían la pretensión de tomar Vitoria y yo creo que Villarreal los desconcertó. Horas después volvían atrás y no se han movido de sus cochiqueras hasta que les hemos dado el empujón en estos días. Ya está ahí... Mira bien.

En mis largos meses de guerra y frente, he visto muchos pueblos destruídos y abandonados, pero olvidándose de Pozuelo de Aravaca,

© Archivos Estatales, cultura.gob.es

Látigo ruso de siete colas y destrucción de las imágenes y la iglesia de Ochandiano, al pasar la barbarie ruso-separatista.

en el de Madrid, ninguno está en trance tan absoluto de ruina. En Villarreal no hay nadie. No ha quedado nada. Era un poblado alegre del valle, con sus buenas casas, iglesia esbelta y comercios cuidados. La fonda tenía fama entre estas gentes que saben del bien comer. Todo fué. Las calles son caminos cubiertos de trinchera; en los vértices propicios se alza el blocao de cemento sacos terreros: cada balcón es un baluarte, cada esquina un reducto. El cementerio removido hasta sus raíces, junta con restos de cruces y lápidas, cajas podridas de bombas de mano y cartucheras torcidas por la lluvia. En las tapias apuntan las troneras entre salpicones de sangre...

—Aquí estuvo este pueblo heroico.

—Y aquí estará —corrobora uno cualquiera—, orgulloso de su gesta.

—Desde aquellas lomas, la ametralladora; allí el cañón. Por todos lados le batían, pero no han podido con él.

—¿Y sus habitantes?

—Muchos en Vitoria, otros más adelante, con nuestros soldados. Ya volverán a su tiempo y esto tornará a reir.

Continuamos. El gran valle está tejido de alambradas y trincheras. Ellos las construyeron escalonadas como si quisieran hacer de cada metro un lugar de romance. Y se han ido.

Al pie de la cuesta llamada del Perdón, cuna cumbre se asoma a Ochandiano, surge esa pared de cemento que es igual a las del viejo campo atrincherado de París. Aguirre con su cultura guerrera de tarjeta postal, lo mandó hacer y sostener. En la casilla de peones camineros sorprendemos aún la última comida de los milicianos. Pálidas galletas mal tostadas, chocolate y unas latas de atún que fueron llenas en España y traídas de Francia.

—Esto no les gustaba, aclara un soldado.

—Es verdad. Todas tienen un machetazo, pero están intactas.

Ya desde aquí aparece la guerra y se muestran los pueblos que estuvieron en poder del separatismo-comunista.

LA ZARPA DE AGUIRRE, QUE SE DICE CATOLICO

—Ochandiano se conserva mejor.

—¿No le han destruído?

—No. Tiene lo de todos los pueblos. La casa del rico saqueada y la del pobre sin habitantes, el cortejo de fusilamientos y la iglesia profanada, pero nada más

—¡Nada más!

—Bueno..., es que estamos en la guerra.

Se acostumbra uno tanto a todo esto que se puede decir sencillamente ¡nada más! ante el horror.

La iglesia. He visto muchas tan destruídas como ésta, más aún, más dolorosamente en ruinas porque alguna —¡pobre Doncel de la Catedral de Sigüenza, marmórea maravilla superviviente de aquel romance de bordada piedra!— tenía sobre su crucero todo el arte de siglos mejores, pero ninguna me ha causado la impresión que aquí he sentido.

Estas tierras fueron siempre rezadoras y fieles. Tenían un fondo de verdad en sus sentimientos, eran como sanas praderas en las que la Fe crecía y se sostenía entre los embates de las pasiones políticas y las predicaciones de los logreros revolucionarios. El propio Aguirre para mantener la guerra, ha tenido que hablar como si fuera un practicante del rito y Prieto, tan rotundo, que del sarcasmo hace arma, al llegar aquí, se mordía la lengua y no rozaba los temas de religión. Recuerdo a un pobre amigo fusilado que solía decirme:

—Me voy al Norte. Allí siquiera puedo ir a misa sin que nadie se meta conmigo. Algunos miran y farfullan, pero en ese punto existe respeto.

Eso creíamos. En mis campos andaluces, en la roja Castilla, el cura y la iglesia se sostenían entre imprecaciones y reflejos de teas revolucionarias y en las tertulias de gentes de orden, al atardecer, entre baza de "burro" y canto de tute, comentábase la paz de los pueblos norteños, gozadores a su albedrío de costumbres y creencias. Al poner el pie en el atrio de la iglesia de Ochandiano, miro al camarada que llevamos, como si quisiera preguntarle a qué gran farsa asistimos.

La mugre, el hacinamiento de todos los relieves de nuestra triste condición mortal, residuos inclasificables del amontonamiento de las aurbas se esparcen. Las paredes enegrecidas por el fuego; los chafarrinones churretosos de una guerra sin jefes ni disciplina, ponen allí fácil comentario.

—¿Entramos?

—Sí; desde aquí verás todo el conjunto. Mira el altar mayor, saltado en su propia base, el Sagrario, roto. Allí, en él, las bandas del católico Aguirre pusieron uno de esos recipientes que la humanidad oculta siempre aún en los pueblos más primitivos...

—¿Tomasteis vosotros el pueblo?

—Yo soy de la Centuria Ruiz de Alda de Navarra. Llegamos enseguida y en el lugar que nos mandaron. Pero ven, ven por aquí...

En la sacristía se amontonan muebles, ropas, encajes e imágenes. Ex éstas los ojos los saltaron con las bayonetas.

—Se conoce que les dañaba la mirada seguidora de las esculturas.

Y un pequeño Crucificado, fué roto con el tacón de un separatista vasco.

—Esta es la huella de Aguirre en su país vasco santificado a la insanía de un señor que se dice defensor de libertades y apostólico.

Allá, en el coro hasta las pequeñas figuras en relieve de dos respaldos, fueron arrancadas, el órgano se retuerce triturado.

—Vámonos; prefiero el campo.

Al salir, un soldado llega y se arrodilla ante un altar astillado y vacío. Sus manos cúbrenle el rostro. Reza. Para él esto es todavía la casa de Dios. Mucho más que antes, seguramente.

HACIA LAS RUTAS ALPINERAS

Hemos recorrido unos cuantos kilómetros para asomarnos a la ermita de San Antonio de Urquiola, ante la que se extienden nuestras líneas y vamos a las alturas de estos peñascos todavía blancos, en los que combate España. Los montes, se alzan con altitudes de 1.400 metros. Veredas de cabras serpentean hacia arriba.

Al mirarles en los mapas antes de las operaciones, parecía imposible tomar las escaladas que son hitos famosos en la historia de muchos montañeros. En el Club Alpino de Madrid, se hablaba con admiración de estos gigantes y para venir a

© Archivos Estatales, cultura.gob.es

Trinchera en Urquiola

ellos, los aficionados traían su equipo completo. Con ánimo en el corazón y unas buenas botas forradas, alcanzaron los picachos nuestros bravos y allí están.

—Yo me quedo aquí—nos dice nuestro acompañante.

—Oye: dime antes cómo lo pasáis.

—El frío nos molestó mucho y esperábamos la orden de avance como un regalo. Después de iniciada la batalla, bien. Comemos caliente y todo, y hasta nos traen regalitos de tabaco y coñac.

—Buena Intendencia.

—Admirable. A lomos de mulos tienen que portar todo y se tarda un par de horas desde los depósitos.

Nada falta y piensa que el trabajo de subir es duro. Pero la Intendencia la forman soldados de España, como los que están arriba. Contempla el espectáculo, que es maravilloso.

—¿Conoces los nombres de esos picos?

—¡Claro! Estos son los espolones del gran Gorbea, que nos quedaban por dominar. Es un monte de leyenda, con grutas, cascadas y creo que cuando no había guerra, con

Una de las posiciones más avanzadas del frente

Ermita de San Antonio de Urquiola y la cumbre del Amboto, (Fotos Campúa)

sólfos y todo. Aquel es Amboto, panzudo y robusto: éste, Gorbea, blanco en su cúspide, porque es muy viejo, y aquel otro más pequeño y desconocido, Pagasarri. Y entre ellos, Gorbea Chiquí, con sus claras linfas que abastecen a Vitoria, hija predilecta de estos vejancones que la ceñan. Delante, Durango y desde allí, caminito llano para Bilbao.

—Y tú ¿quén eres?

—Yo... un vasco de Falange.

—¿Y antes?

—Un estudiante que iba para filósofo y con pocas letras.

—Gracias.

—Suerte.

Con un amplio ademán se despide y sobre las cumbres nos deja.

Yo os confieso mi ingenuo temor de aquel momento. En el monte inmenso hay como un silencio de viudos. No distingo el viento o el trueno del cañonazo, cuyo sonido deforman las oquedades de los colosos. Los "pacazos" parecen sonidos de piedras que caen y prolongan su ruido. Sólo la ametralladora se muestra inconfundible. El frente está distante y todo nos cubre, pero el miedo a perderse nos atenaza como al pobre hijo del leñador del cuento. Además, nuestro lobo es mucho más feroz.

Las nubes parecen estar cocinas, tanto que alguna se desgarra y deja sus jirones en los árboles, como si algún fantasma enloquecido abandonara sus lienzos impalpables en los espinos.

—¿Vámonos?

Y nos vamos.

Luis de ARMIÑAN.

Frente de Vizcaya y abril.

© Archivos Estatales, cultura.gob.es

Almacenes de Maderas
y Materiales de Construcción

Vda. de
Buenaventura péix

Teléfono 1206 Salamanca

" F O T O S ". - Redacción y Administración, Avenida número, 2. - San Sebastián. - Talleres Tipográficos de " U N I D A D "

El Algodón Producto Nacional

La Nueva España puede
llegar en plazo muy breve
a cultivar cien mil hectá-
reas de algodón.
Que suponen unos SEIS
millones de jornales al año.

Instituto de Fomento del Cultivo Algodonero

TABLADA (Sevilla)

© Archivos Estatales, cultura.gob.es

¡Legionarios a luchar!

El legionario descansa después del combate

dada en el pecho de su cam
dora. Se llama Enrique... y
de Cartajena. Su bélica inqui
tud y su gran amor hacia E
paña le movieron a abandon
el cargo que desempeñaba
bordo de un barco pesquero
Casablanca y a enrolarse en
quinta Bandera de la Legió
en el puerto de Cádiz.

Un trimotor le posaba a l
pocos días en Jerez de la Fro
tera y, tras un corto descans
el comandante Castejón inici
ba su heróica marcha jalon
da de victorias, hasta el Ju
rama.

Y LE HIEREN TRES VECES

A Enrique le han herido tr
veces. La primera en Varg
el 9 de septiembre. La segund
en la Casa de Campo, en
cabeza, a pesar de lo cual s
guió peleando sin dejar que
le evacuase a la retaguardi
Su valor fué premiado por
capitán de su Compañía con un
pápiro de cinco duros. El 9 de diciembre, y en el sector de Pozuelo, una
bala explosiva le destrozaba el hombro derecho. Y hoy, casi curado, aguar-
da impaciente la hora de volver al campo de la lucha.

Su curación avanza rápidamente. Es que, además de los cuidados de

Tras el ajetreo del frente y la cura en la Clínica, viene bien un rato de sencillo esparcimiento.

Los novios de la muerte

Es mas difícil reunir en la retaguardia a tres legionarios convalecientes que encontrar un librillo de papel de fumar en los estancos. Y una vez reunidos, retenerlos sin que se registren rápidas "deserciones", es tarea solo asequible a sus novias o al conjuro de una botella de rón. Ya lo dice su clásico cantar:

A la Legión le gusta mucho el vino.
A la Legión le gusta mucho el rón.
A la Legión le gustan las mujeres.
¡La Legión, la Legión, la Legión!

Pudimos, pues, abordar a tres típicos mozos que acaban de salir de la sala de curas del Hospital de Atocha, aprovechando un momento en que aguardaban a sus novias con aquella naturalidad con que saben esperar a la Muerte, su otra novia, codiciada y definitiva cuando pelean en el fragor de un combate. Sin impaciencia, que saben, que ellas vendrán, minuto antes, minuto después.

EL MARINO SE HACE LEGIONARIO

Todos habréis podido ver a uno de ellos. Es ese muchacho menudo, enjuto y vivaracho que luce en sus horas de paseo una gran calavera bor-

¿Quién dijo que estos tres supervivientes de otros tantos sangrientos victoriosos combates, habían perdido el humor?

a luchar!

Mientras aguardan a sus novias de retaguardia, los tres bravos legionarios se avienen a posar ante el objetivo de Marín

Enrique L., el Novio de la Muerte o el legionario poeta que lleva un ideal de amor, gloria y muerte.

"Si en la guerra hallas la muerte
Tendrás siempre por sudario
Legionario, Legionario,
La bandera nacional".

EL ALCOHOL, PANACEA UNIVERSAL

—Para curarse no hay cosa mejor que el alcohol—nos asegura—. El alcohol es lo mejor que existe Sirve para curar por fuera; pero, también, para curar por dentro.

Cuando yo salí el primer día del hospital, iba apoyado en un bastón. Tenía un dengue formidable. Desesperado entré en el primer café que vi a mi paso y me "soplé" tres copas de cognac. Al salir era un hombre nuevo. Me sentía más optimista. Al día siguiente, repetí el "tratamiento", duplicando la dósis y ya pude arrojar el báculo por inútil. Mi recuperación fué completa en cuanto agarré una "melopea" al tercer día. Ahora, mientras llega el momento en que me den de alta, pienso seguir el plan, concienzudamente.

—Pero en el frente no abundará esa medicina.

—Si falta no hay más que tomar una trinchera roja. En las de Pozuelo, por ejemplo, cuando ocupamos el poblado, hicimos acopio para una porción de semanas. Y en Maqueda, habíamos hecho lo mismo. Y en tantos otros sitios que no puedo recordar.

Almacenan los rojos tanto alcohol en su trincheras y en sus parapetos que me temo que copien mi procedimiento. Ahora, que si lo hacen, les sirve de poco.

SOMOS INFERNALES

Porque los legionarios podremos ser infernales gracias al alcohol pero a los marxistas les debe producir un efecto contrario. ¡Porque hay que ver cómo corren en cuanto nos ven! ¡Les entra un pánico!...

Tan grande es que en Pozuelo, les cogimos un tren blindado que pretendían volar, a falta solamente de prender la mecha. Y dejaron, además la comida preparada,—que nos vino como pedrada en ojo de boticario—, y no sé cuántos camiones con infinidad de latas de conservas rusas, de jamones, de calzado, que tenían dispuestos para su evacuación Y todo ello pese al abuso que pudimos observar habían hecho de toda suerte de bebidas alcohólicas

Pero donde se vió mas claramente el poco espíritu de los rojos, fué en Talavera Eran muchos más—muchísimos más—numerosos que nosotros, contaban con una triple línea de trincheras magníficas, defendidas por inextricables alambradas. Pues al vernos atacar les entró tal miedo que lo abandonaron todo sin intentar siquiera resistir.

Tampoco les había servido de nada el alcohol.

En Santa Olalla no encontramos nada. Todo el pueblo estaba arrasado y no se veía ni un alma. En Maqueda solo vimos una anciana en peligroso estado de demencia que merodeaba cerca del único almacén indemne y que, dicho sea de paso, aparecía atiborrado de toda clase de mercancías.

LA TOMA DE ESCALONA

—¿Y qué es lo que más te ha impresionado de cuanto has visto en la campaña?

—Sin duda alguna la toma del Casar de Escalona.

Eran las dos de la tarde cuando inició su avance la Legión con un tabor de Regulares. El enemigo abrió un violento fuego contra nosotros, pero conseguimos entrar en el pueblo con sólo dos bajas.

Registramos las casas, una por una, y apresamos treinta milicianos y cuatro milicianas. Tres de éstas pudieron demostrar que luchaban a la fuerza y fueron dejadas en libertad. La otra, no hacía más que dar vivas a Rusia, mientras levantaba el puño y profería los más graves insultos contra nosotros. Y... ¿para qué le voy a decir?

médicos y enfermeras, él tiene una panacea.

Cuando no se puede salir del Hospital el legionario dicta sus cartas a alguna bella y abnegada enfermera, como ésta que véis aquí

© Archivos Estatales, cultura.gob.es

Legionario de la Quinta Bandera, convaleciendo de las heridas sufridas en el frente de Madrid.

me bordasen esta calavera, unas señoritas donostiarras.

Pero le faltaba algo. ¿No es la Muerte la que nos espera en el campo a todas horas, en todo minuto? Pues encargué otra franja con este otro lema: "Mi Novia".

Mas me miraban tanto las gentes y con tal curiosidad; me decían tantas veces, con mas guasa que en Jerez, "adiós Mi Novia", que me la voy a quitar. Así cuando los curiosos o las curiosas vean la calavera solitaria tendrán que decirme: "Adiós Mi Muerte", y yo podré contestarles: "Adiós Mi Vida"

DIECISEIS MADRINAS.

—Te vas a llenar de ofertas de madrinas. Porque hay que ver lo popular que te has hecho.

—Ya lo sé. Tengo ya catorce, solamente de aquí. Be seguir la racha, voy a tener que tomar un secretario que me lleve la correspondencia y eso me molestaría, porque a mi me gusta contestar personalmente a todas las cartas que recibo. A una de mis madrinas que quería un autógrafo mío le he enviado el relato del desarrollo de la operación del Casar de Escalona en verso. Vea usted estas estrofas de muestra:

"...a unos cuantos metros de ellos
nos encontramos ya
cuando unos guardias de Asalto
gritaron: ¡no tiréis más!
Mas cuando estábamos cerca
empezaron a tirar.
¡Ah! ¡So canallas, cobardes!
Ahí va esto para cenar.
Y lo menos treinta bombas,
a los falsos les cayó,
con tan buena punt[illegible]
[illegible]
que ni uno solo qued[illegible]
Los rojos del flan[illegible]
[izquier[illegible]
al ver nuestra opera[illegible]
[ció[illegible]
se dieron pronto a [illegible]
[fu[illegible]
por temor a la Legi[illegible]
Que con ella no h[illegible]
[quien pue[illegible]
como no sea el Señor..."

Un alto en la lucha. Sobremesa de los legionarios en la Casa de Campo

Y Enrique, poeta y soldado, místico y galán, nos dejó para acercarse a su novia que llegaba, en espera de ir al encuentro de la otra, la Novia del perfecto legionario de Millán Astray "La Muerte".

Alvaro de JAVIER

En lo alto del campanario de la iglesia se resistían ocho rojos que no cesaban de hostilizarnos seriamente. Cuando más vivo era el tiroteo, un chaval de catorce años, llorando a lágrima viva e implorando nuestra piedad, corrió hacia nosotros, cruzando el espacio batido por las balas. Los salvajes de la torre, sin respetar la escasa edad del fugitivo le apuntaron friamente y le incrustaron cuatro balas en la espalda.

Hubo de ser evacuado a Talavera, no sin que nuestro teniente, el bravo de M., le prometiera que, una vez curado, se quedaría con nosotros para llegar a ser un buen español. A los pocos días era adoptado el muchacho por mi cabo el heróico C. que a poco encontraba una muerte gloriosa. Y ahora lo tiene a su cuidado toda la Bandera. ¡Que le digan si se quiere volver al otro campo!

TREINTA Y DOS PRISIONEROS EN DOS DIAS

—Habrás hecho algún prisionero.

—Bastantes. En Pozuelo, sin ir más lejos, otro legionario y yo atrapamos veintiocho, entre ellos, una mujer, un teniente y un sargento de milicias, cuyo cuchillo lo llevo como mascota.

En el Jarama, yo sólo, cogí cuatro prisioneros. Les había infundido tal pánico mi presencia, que pude desarmarles sin que hicieran el menor gesto de protesta.

Y es que no hay como vestir el uniforme de Legionario para sentirse capaz de las más decididas de las audacias.

MI NOVIA, LA MUERTE

Es verdad. No parece sino que nuestro gran Millán Astray, le insufló ese espíritu invencible característico de los hombres de la Legión, con su "Viva Muerte" espartano.

Por eso yo quise rendir un homenaje al fundador de la Legión e hice que

Los legionarios heridos sólo piensan en volver de nuevo a combatir por la causa de España y la civilización

© Archivos Estatales, cultura.gob.es

si te dicen que caí ...

Papeles de un falangista

Recopilados por Angel Alcazar de Velasco

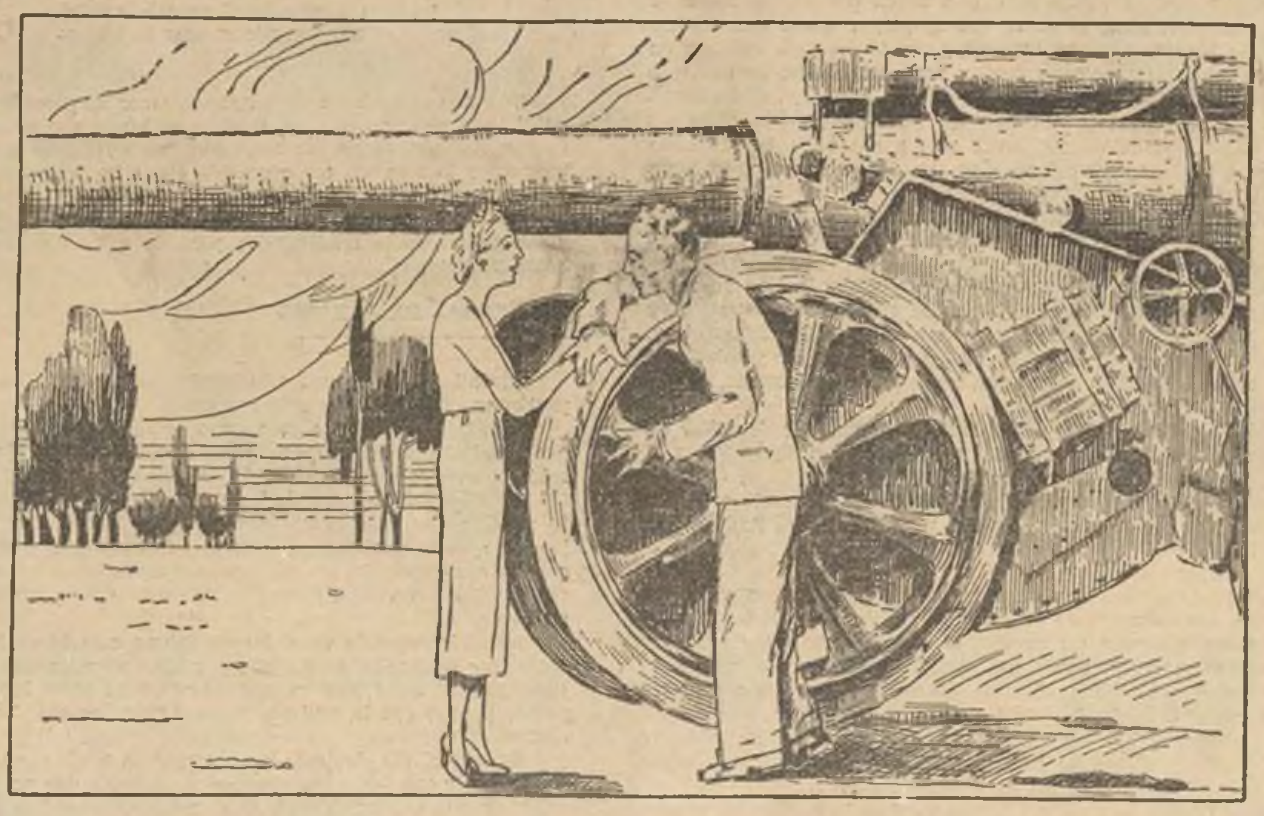
A LA LINEA **(Continuación)**

En La Línea de la Concepción, parecía ser que todos los individuos se encontraban con la misión de saber quiénes eran los viajeros que llegaban, a lo que iban y, sobre todo, si habían estado en Sevilla. Cuando llegamos al toril, los carabineros, después de pedirnos la documentación, nos preguntaron si habíamos pasado por la bella capital de Andalucía. Como nuestra contestación fué negativa, insistieron saber lo que hubiésemos oído en los pueblos que, al pasar, lo comentasen. No sabíamos nada, y queríamos saber, aunque no podíamos entretenernos, puesto que de más interés eran los negocios que nos llevaban a Gibraltar.

Mientras el sargento nos interrogaba a nosotros, se nos acercaron cuantos carabineros había en las casetas que rodeaban a la que sirve de Aduana.

Todos tenían ansia de saber la verdad de lo ocurrido, la Prensa no lo había dicho; por lo menos, no decía bastante. Según llegaban los carabineros nos preguntaban de dónde veníamos, y nosotros, como antes habíamos dicho y convenido, dijimos que de Badajoz, que habíamos estado en Huelva, y desde Huelva habíamos llegado sin que en Sevilla nos hubiésemos detenido más tiempo que el preciso: echar gasolina al coche, beber unas cañas y después seguir. Sabíamos, sí, que había ocurrido algo anormal, pero no nos habíamos enterado de nada. Esto no les satisfizo a los carabineros. Nosotros, con aire de representantes, dijimos que lo que más nos interesaba eran nuestros negocios. Íbamos a Gibraltar con el propósito de... en fin, teníamos que ver a señores, con quienes teníamos negocios. Al entrar en La Línea, volvimos a ser interrogados. Aquí, no ya por carabineros, sino por la Guardia civil. Estos nos pidieron de nuevo la documentación nuestra y la del coche, nos dijeron que no podíamos ir a Gibraltar sin una autorización especial, y que ésta, según ellos, nos la habían de proporcionar en el Ayuntamiento. En La Línea no se podía estar sin un documento que acreditase la solvencia individual.

Estuvimos poco tiempo en el Hotel de Iberia, después de arreglarnos algo y pedir habitación, nos encaminamos a Gibraltar.



GIBRALTAR

Serían aproximadamente las cuatro de la tarde cuando llegamos, pasamos "La Puerta" al campo neutral. El coche lo habíamos dejado en La Línea. Esta era la única forma de no infundir sospechas. Cuando ya estaba en el Peñón, sentí, como si yo fuese un político de verdad, la necesidad de que llegase un periodista y un fotógrafo para mandar a España una estampa del primero o, por lo menos, de uno de los fugados a Gibraltar, por los sucesos del 10 de agosto. Yo sentía esta necesidad imperiosa, me había creído de verdad que era un perseguido, que era uno de los caudillos, aunque en realidad nada tuve que ver y nada sé todavía. Los sucesos eran desconocidos, yo creo que hasta por los que los organizaron. En el Café Universal de Gibraltar, parecía ser que estaban esperando a quienes llegaban de España. Pronto los camareros se dieron cuenta de que nosotros veníamos de Sevilla. Nos rodearon y empezaron a hacernos infinidad de preguntas. Nosotros, ya allí dijimos cómo había sucedido, es decir, yo escuchaba a mi compañero, que decía:

—Yo soy el comandante X. Salí ayer mañana, a las ocho, a fin de tomar la Tubacalera, que es uno de los fuertes más importantes de Sevilla.

Esto refirió punto por punto lo sucedido. Allí lo sabían todos, seguramente, en distinta forma. A mí me molestaba el que nadie me preguntase nada, no tenía autoridad para decir cosa alguna. Y me parecía bastante mal. No obstante, de vez en cuando, poyaba lo que el comandante decía y hasta "colocaba" alguna frase, sin conseguir ninguna admiración, porque el comandante, abordadísimo por todos los contertulios del café, relataba incesantemente los sucesos, sin dejar que nadie comentase nada.

En cuanto aquel abordaje de preguntas terminó, yo me despedí para escribir una carta a mi madre, carta que, como sé bien, después me hizo ser participante de lo que no era. La dije que, como buen español, había intervenido en el movimiento revolucionario, hijo del odioso proceder republicano, que a España estaba llevando a la ruina. Yo quise hacer con mi madre como algunos ahijados con sus madrinas: decir que era un héroe, aunque, en realidad, no lo fuese más que en fantasía. La carta, como todas las que salían de los españoles de Gibraltar, fué recogida por la Policía y ésta me encasilló en los ficheros de los sublevados.

Al final de la misiva pedía "fondos", como no los recibiera, aún los estoy esperando.

El comndante X estaba ocupadísimo recibiendo visitas de señores españoles, que a todas horas del día le llegaban a felicitar. A mí me presentaba y también me felicitaban, pero como no era acreedor a ello, las recibía con frialdad. Me gustaba más pasear por los paseos en donde las inglesas exponían sus preciosas caras españolas.

Pronto me hice popular; a los cuatro días de mi llegada me había preguntado todo el mundo. A las señoritas les decía cosas que ni habían sucedido, ni aun habiendo sucedido yo podía haberlas realizado.

No tardé en hacerme amigo de una que, aun siendo nacida en Gibraltar, tenía apellidos españoles. Se llamaba Estrellita Corrales Castro.

A esta señorita me la encontraba frecuentemente en Market Lane y otros lugares de la vetusta ciudad británica. Acompañada, unas veces, de una señora alta, apergaminada. Un día que casualmente iba sola, me acerqué con la intención de solicitar su madrinazgo como soldado de una guerra que ya no existía nada más que en mis palabras

No tardé en conseguir algo más que lo que me propuse el primer día cuando en el Universal tomaba té, mientras yo, con la palabra y con el gesto, inventaba una escena más del movimiento.

Salíamos todas las tardes por el paseo del Puerto, en donde una legión de uniformadas niñeras paseaban a los infantiles súbditos británicos, llegando a un parque que, al final de la ciudad gibraltareña, vive en silencio. Este parque tiene a la entrada una plaza con grandes armatostes viejos, que, aunque sigan siendo cañones, son inofensivos. Recostados sobre sus ruedas, todos los días ganábamos la futura guerra que me había de volver a España. Después, en el café, me olvidaba de que algún contratiempo podía evitar el que en casa supiesen mi paradero.

EN TANGER

Viví en Gibraltar no mucho más de treinta días, enseguida impulsado por mi dinamismo y hasta pensando en algo que me pudiese dar algunas pesetas, decidí marchar a Tánger, porque, lejos de pensar en lo sucedido

© Archivos Estatales, cultura.gob.es

con mi carta, creí que mis padres, por reincidir en lo que, al parecer, había corregido, no me mandaban nada. Además, quería conocer Tánger, estudiar su psicología, en concreto, ver lo que no había visto, continuar mi aventura, que ya por una mujer había interrumpido.

Cogí mis bártulos y en un vapor que hace el recorrido del Estrecho, embarqué para Tánger. La Prensa española hablaba del fusilamiento del glorioso general. De que estaban detenidos todos los jefes y oficiales que intervinieron en el movimiento. No me quedaba más remedio que llegar a un lugar donde, por lo menos, no pudiesen detenerme. Para esto contaba con la dificultad de las pesetas, aún sin solucionar con mi familia que, como antes digo, creí que habría sido mal vista por mis padres.

PESCADOR IMPROVISADO

Ya en Tánger, me fuí a hospedar en una fonda barata, en el "Zoco Chico". No conocía a nadie. Entonces, después de deambular algunos días y cuando no me quedaban nada más que dos pesetas, decidí trabajar en alguna cosa. No hablando francés, era dificilísimo encontrar trabajo. Un día llegué hasta el puerto pesquero. Más allá, una barca descansaba sobre la arena. Unos moros comían pescado en la misma playa; hablé con uno de ellos, que con alguna torpeza hablaba español, y me ofrecí para trabajar en la barca, después de mirarme repetidas veces y ver que el corte de mi traje no era el del pescador, me dijo que podía ir con ellos a pescar, que ganaría según el pescado que se cogiese y que, después, participaría con arreglo a la costumbre de ellos; aquella misma tarde se iba a salir a la pesca de "caballas". Yo creí que el negocio del pescado era distinto a como lo pinta la realidad.

Semidesnudos los moros, entre árabe francés y español me dijeron que salíamos al mar. De pronto me pareció una excursión sobre el agua del Estrecho.

Ellos, descalzos y recogidas sus chilabas, empujaron, mientras yo recogía una "banda" (una cuerda); cuando ya estaba el bote en el agua, ellos le sujetaron para que el vaivén de las olas no le adentrase. Me llamaron, y, ya cargado con la cuerda recordé que debía haberme descalzado y subido los pantalones; pero como esperaban los moros, no quise entretenerme, por si sus genios eran incompatibles con el mío.

Saltando sobre la espuma, llegué a la barca, y, después de depositar en ella la cuerda, que ya me dañaba el hombro, subí a ella con algún temor y, después de subir, los moros me ofrecieron un remo.

Cuando habíamos navegado algo más de una milla, un moro que, por lo que mandaba, me parecía el patrón, deshizo un rollo de red y, dándome una punta, me dijo:

—Tira. Tú estar muy tonto.

Yo cogí y procuré avivarme, porque, la verdad, es que tanta agua y sin conocer la natación, me daba miedo de aquellos hombres a quienes desconocía e ignoraba si su intención era tirarme al agua por no estar presto.

Después de echar las redes, había que esperar bastante. Yo, mientras, contemplaba los festones de tierra africana y española; las dos costas que prestaban a la furia del Estrecho la gentil alegría de esta tierra.

Tañían las campanas de Tarifa o de Bejer un clamor que yo traducía por la música de un Dios compuesta para que las ondinas cantasen y sobre el marfil de las aguas bailasen danzas de ensueño.

De vez en cuando había que mover las redes. Esto lo hacían los moros. Yo, sentado unas veces y de pie otras, equilibrando el movimiento, miraba a la inmensidad, sin comprender su misterio. Hubiese preferido quedarme allí viendo vivir a los peces, sin política sin odios, sin rencores...

Así hubiera estado más tranquilo, pero la vida muelle y cómoda no se ha hecho para un espíritu inquieto como el mío que, aunque inquieto, no guarda más que amor.

Los espíritus inquietos como el mío, no odian, no saben odiar.

Muchas veces he recordado este episodio de mi vida, porque estos sucedidos no son fáciles de olvidar.

Y constantemente pensaba: Vivir como los peces, sin política, sin odios, sin rencores.

Absorto en estos pensamientos, metí maquinalmente mis manos en los bolsillos, donde tropezaron con un lápiz y una cuartilla, y aprovechando la tranquilidad de mis compañeros de navegación, escribí estos versos:

Mastican ofes las olas
y el mar ruge en lo infinito,
mastican besos y bufan,
se estrellan, corren, dan brincos,
y en lo oculto de la noche,
en lo obscuro del abismo,
en silencio aguarda el puerto
la paz de tanto egoismo.
... ...
Cuando el mar está en silencio
el puerto grita, pelea,
por sacarle al mar la entraña,
por hacerle al mar la guerra

* * *

Creo que se cogieron unos 16 kilogramos de pescado. Puesto en la subasta, valía unas siete pesetas. El reparto se hacía por montones; cada individuo era un montón. El patrón empezaba por apartarse la primera mitad de los ingresos y la segunda era repartida entre los tres moros y yo. Creo que me tocaron unos setenta y cinco céntimos. Después del reparto pregunté a qué hora había de volver al día siguiente. Me contestaron que, de hacer buen día, a las cuatro de la madrugada; pero de estar borrascoso, no era necesario hasta las diez.

EL OFICIAL DE ALBAÑIL

Como la pesca no me solucionaba nada, decidí no volver y buscar ocupación en otro menester más fructífero.

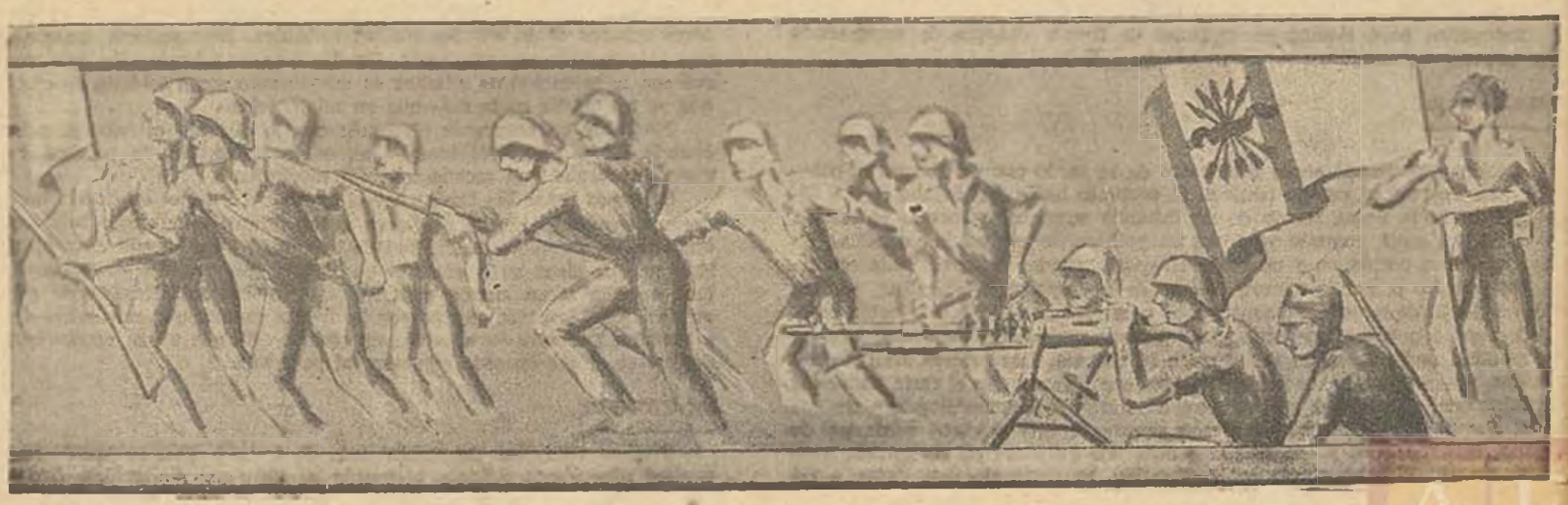
Pasaba frente a una casa en construcción, en donde había un anuncio que solicitaba un oficial de albañil. No había ejercido nunca este oficio ni sabía lo más elemental de este trabajo.

Hablé con el maestro de la obra, hombre de bigotes castelareños y acento y ademanes andaluces; éste me admitió ordenándome me presentase a las ocho de la mañana siguiente y que llevase la herramienta, etc. Le dije que eso era imposible, porque esperaba me la enviasen de España. No le gustó mucho. No obstante, dijo que él buscaría lo más necesario hasta que me lo enviasen.

Marché pensando en el trance futuro cuando al día siguiente, sin saber tomar las herramientas y andar por los andamios como los profesionales, no diese pie con bola; pero en este mundo para todos los casos es necesario ser audaz, porque con la audacia se consiguen los objetivos y yo lo había sido siempre.

Cuando al día siguiente me presenté en la obra, estaba muy nervioso. Reunido abajo con todos los obreros, me parecía que no tenía derecho a participar de sus conversaciones. Casi todos eran andaluces. De vez en cuando me preguntaban de dónde era, por qué había ido, cómo me llamaba, y otras preguntas corrientes, para adquirir la amistad de la convivencia.

(Continuará en el número próximo.)



© Archivos Estatales, cultura.gob.es

Manuel González Zayas

Coloniales y cereales al por mayor

Córdoba

Molina Sánchez, 1 Teléfono 1330

Sociedad Española de Seda Artificial

Manufacturas Rayón

Calle Madrid, 8 **BURGOS**

Doblados. - Torcidos. Tintes. - Aprestos y bobinados de Seda Artificial. Paquetería de Seda Artificial. - Sedas urdimbres para tejidos.

CLINICA DENTAL

Eusebio Moranchel

y sobrino

Eusebio Miguel

Consulta de 10 a 1 y de 4 a 6

Espolón, 2 y 4

Burgos

¡RECONDO BUEN PAN!

PRODUCTOS NACIONALES

Irún

(Guipúzcoa)

© Archivos Estatales, cultura.gob.es

Bernardo Alba Pulido

Fábrica "San José"

A. Obispo Pérez Múñoz, 19 al 23

Córdoba

Prensas hidráulicas de todas las potencias.

Especialidad en instalaciones completas para fábricas de extracción de aceites.

Casa fundada en el año 1885

Pídanse Catálogos y Presupuestos

Unica Casa constructura de la
BATIDORA - REMOLEDORA
con envolvente de calefacción sistema ALBA.

¿Cuál es el Restaurant más concurrido por los buenos españoles en San Sebastián?

Restaurant "Marichu"

Pescadería, 6... ojo, núm, 6, núm. 6, núm. 6

¡Arriba España!

¡Viva Franco!

Samperio, Domingo y Compañía

PIELES Y LANAS

Santo Domingo de la Calzada

Teléfono 15

(LOGROÑO)

Cipriano Gutierrez

Fábrica de Hilados de Lana

Fabricación completa
de toda clase de hilados de lana
para labores

Exportación al Extranjero y Ultramar

TARAZONA (Zaragoza)

TEFONOS: Fábrica, 98
Particular, 99

© Archivos Estatales, cultura.gob.es

Aceitunas Cereales
Especialidad en Garbanzos

José Delgado Alvarez

(Hijo de José Delgado Martínez)

Teléfono 1006

Córdoba

Fábrica de Curtidos

Piel ante. Suela, Cuero guarnicionero, Corderos, Guantería, Badanas y Curtidos en general.

Hijos de

J. Jiménez Romero

San Isidro, 59 Tel. 2-6-2-3

Granada

Rafael de la Torre Berral

Ribera, 17 CORDOBA

Compra-venta de toda clase de pieles

Fábricas de Curtidos en Montilla y en Constantina (Sevilla)

© Archivos Estatales, cultura.gob.es

fotos

© Archivos Estatales, cultura.gob.es